

ALGUNOS
REFERENTES PARA
EL TRATAMIENTO
PSICODINÁMICO
DE LA PSICOSIS

**COLECCIÓN
TRADUCCIONES**

VIVIANA PEREDA

FRANÇOISE DAVOINE

JEAN MAX GAUDILLIÈRE

LAURA ANDREOLI

PIERA AULAGNIER

VIVIANA PEREDA - CARLA SANDOVAL

(COMPILADORAS)

ÍNDICE

DEVENIR COMUNIDAD

Por Viviana Pereda.....7

PREFACIO

Por Françoise Davoine.....15

LA CONTRIBUCIÓN DE ALGUNOS PSICOANALISTAS FRANCESES AL ACERCAMIENTO CLÍNICO Y TEÓRICO A LA TRANSFERENCIA EN EL TRATAMIENTO PSICODINÁMICO DE LA PSICOSIS.

Por Jean-Max Gaudillière y Françoise Davoine19

EL PREFACIO A *LA MORT DANS L'ÂME DE GAETANO BENEDETTI*

Por Jean Max Gaudillière.....33

LA IDENTIDAD NEGATIVA Y LA POSITIVACIÓN EN LA TEORÍA DE LA PSICOSIS DE BENEDETTI

Por Laura Andreoli.....45

EL DERECHO AL SECRETO: CONDICIONES PARA PODER PENSAR

Por Piera Aulagnier.....59

NOTA DE LAS EDITORAS

La traducción de los artículos en francés ha sido realizada por Viviana Pereda (Jean Max Gaudillière, Françoise Davoine, Piera Aulagnier, Laura Andreoli). Han participado en la traducción, discusión y revisión de éstos: Maya Schlenker y Carla Sandoval. La traducción del artículo en inglés ha sido realizada por Leonor La Rivera (Jean Max Gaudillière - Françoise Davoine). Han participado en la revisión y discusión: Matías Sanfuentes y Javiera Erazo.

La publicación de los textos ha sido autorizada por los autores. Cuando ha sido posible, se ha incluido las versiones publicadas en español de las referencias bibliográficas de los textos citados en el original. En algunos casos, las citas corresponden a la versión libre de los traductores.

VIVIANA PEREDA

DEVENIR COMUNIDAD

Con esta publicación esperamos aportar materiales que consideramos valiosos referentes para quienes trabajamos en salud mental y tenemos la experiencia del contacto con el dolor psíquico. Los textos son parte de múltiples referencias que han dado sustento a los equipos que durante estos años han trabajado en la Comunidad Terapéutica de Peñalolén. Se trata de referentes esenciales, profundos y valientes que han enfrentado las políticas y clásicas interpretaciones totales avanzando en el encuentro respetuoso de exploraciones, elaboración y creación subjetiva. Los criterios que utilizamos para escoger a estos autores, ampliamente conocidos, son, por un lado, que se trata de personas que han conocido nuestro trabajo y han respondido a nuestra búsqueda por compartir experiencias sobre el tratamiento de la psicosis como un impacto transformador y positivo. Por otro, se trata de autores que nos han aportado de modo muy concreto herramientas, palabras para formular la experiencia cotidiana con nuestros pacientes, sus familias y el sistema psiquiátrico local.

Estos primeros Cuadernos son parte de la serie Colección Traducciones. Este material está dedicado a todas y todos quienes en estos años han dado vida a la Comunidad Terapéutica de Peñalolén. Son algunas teorías y discursos que nos liberan y dan cuenta de la complejidad humana que este equipo de terapeutas ha recibido en todo este tiempo. Este material ha inspirado en parte también al proceso de *devenir comunidad*¹, incluyendo a personas y procesos considerados locos y complejos de entender. Somos muchas y muchos los que hemos aportado a este colectivo en estos años y es imposible reunirnos bajo una única perspectiva. Sin embargo, hay algunos hechos que nos reúnen; por ejemplo, estar centradas en el acompañamiento cercano y de largo aliento a personas que lo solicitan por razones de locura.

¹ Concepto referido en el libro *La Comunidad que Viene* de Giorgio Agamben. Editorial Pre-Textos, 2006.

Buscamos nuevas formas concretas de relacionarnos, ya que estamos a diario en comunidad y no ha sido suficiente contar con la herramienta de objetivación diagnóstica.

Quiero hacer memoria y expresar gratitud para quienes, haciendo salud mental comunitaria, educación en salud para la promoción de la salud mental en este sector de Peñalolén - en sus inicios con el apoyo de la Cooperación Italiana y la convicción de Tessi Huneeus² - fueron construyendo comunidad terapéutica en este espacio. Inspirados en la Gestalt y los principios de Maxwell Jones, pioneros aquí y allá de la desinstitucionalización psiquiátrica y del trato humanitario, orientados por un trabajo respetuoso, cercano a la persona, en una perspectiva territorial y ambulatoria.

Todas reconocemos en Tessy una inspiración lúcida y tenaz, cuando dice: “la comunidad sólo es posible en democracia”³. Estos valores comunitarios trascienden y buscan ordenar intervenciones que nos sentimos orientadas a realizar, incluidas como profesionales en las comunidades de las que formamos parte.

Esta Comunidad comienza recibiendo a Esmeralda⁴, una mujer que preocupaba a los vecinos y que su familia mantenía encerrada para “protegerla” y protegerse de estados de agresividad y comportamientos incontrolables. ¿Cómo lo hicieron?; haciendo comunidad con ella, con los vecinos, entre todos, en el día a día, cotidianamente, con su familia, a través de conversaciones, de la toma de conciencia, en tiempos para compartir actividades nuevas y cuidados a un cuerpo nuevo y activo en su comunidad. Luego de la Cooperación Italiana había que encontrar formas de dar continuidad a este espacio y el trabajo que se había iniciado durante la dictadura como una ONG.

² Teresa Huneeus, fundadora de la Comunidad Terapéutica de Peñalolén.

³ Teresa Huneeus; *Esquizofrenia*, Editorial Mediterráneo, 2006.

⁴ Ibid.

Vino posteriormente el gobierno democrático, las oportunidades de hablar de derechos, la Declaración de Caracas, nuevas autoridades y los acuerdos internacionales, el Fondo de Solidaridad e Inversión Social, la constitución de una Corporación, el Municipio y el desarrollo de la comuna, el Fondo Nacional de Discapacidad, el Servicio Nacional de Discapacidad; años en que gran cantidad de personas, profesionales, terapeutas ocupacionales, psicólogas y sociólogos; realizaron esfuerzos por trabajar mejor, esta vez junto a un Plan Nacional de Salud Mental y Psiquiatría que durante los años 1993 a 2010 implicó un nuevo y esperanzador espacio de diálogo para incluir ahí nuestra experiencia. En este periodo, como Corporación trabajamos intensamente, recuperando fondos para ir en apoyo del Servicio de Salud Metropolitano Oriente y Sur, buscando reformar el modelo de atención que se encontraba centrado práctica e ideológicamente en el modelo hospitalario y la internación psiquiátrica.

A través de nuestra Corporación, estos servicios “nuevos” se implementaron, sirviendo para reorientar recursos a nuevas prácticas. Trabajamos siguiendo la orientación y las normas de las nuevas políticas, arrendando casas, implementando e instalando algunos Hogares Protegidos con los servicios Sur y Oriente y el Hospital de Día, buscando personas que pudieran ser monitores, así como otros profesionales para cumplir estas tareas. Hicimos por años capacitaciones y campañas para sensibilizar a los equipos de atención primaria en salud en Peñalolén, al interior del servicio psiquiátrico del Hospital Salvador⁵. Intervenimos y participamos con ideas en el trabajo de comunidad terapéutica, en el tratamiento ambulatorio, en el cierre de los hospitales psiquiátricos y los derechos de las personas en situación de discapacidad. Hablamos de derechos de los pacientes durante la internación psiquiátrica y los tratamientos

⁵ De estas experiencias quedaron registros en el libro *Esquizofrenia* de Teresa Huneeus, en los informes redactados al Servicio de Salud Metropolitano Oriente y en las diversas postulaciones a financiamiento en el sector público, especialmente el Ministerio de Salud y la Municipalidad de Peñalolén.

inhumanos de los que recibimos muchos testimonios. Fuimos más allá, junto a nuestra comunidad, a nuestra asamblea; fuimos a buscar trabajo, a buscar viviendas y nos encontramos con una realidad social dura, temerosa y traumatizada. En esos años ninguna de nosotras, terapeutas, pensó que no nos habían contratado, que “nadie” pensó en estos equipos; todas estas personas que trabajamos en estas tareas lo habíamos hecho intensamente, pero no se había consolidado el modelo de gestión en salud mental. Estos fondos públicos y privados aportados no contemplan contratos y costos de una Corporación y ONG como la que habíamos levantado.

Si bien algunas personas hacían un esfuerzo por considerar la salud mental al interior del Ministerio de Salud, el modelo que fue imponiéndose priorizó el mercado por sobre estos derechos laborales de los subcontratados del sistema estatal y necesidades públicas; nos encontramos con lo más duro de la sociedad de mercado y la primacía de la privatización de la salud. Las subcontrataciones, las licitaciones de rehabilitación y las asignaciones directas por el DFL 36 por parte del Estado en salud mental nos enfrentan dramáticamente con la gestión administrativa de compra y venta de servicios.

Como resultado de estas políticas, sabemos que en salud (así como en educación) los profesionales, mayoritariamente mujeres “jefas de hogar,” hoy no tenemos cómo jubilar, porque si bien hemos trabajado para el sector público no hemos tenido derecho a tener contratos laborales. Por esta vía, el Estado se ha ahorrado el costo de la implementación de estas instituciones, nuevos servicios que se encuentran considerados teóricamente pero no en el modelo económico. Cuando como ONG hemos planteado estas realidades, nos responsabilizan por no haberlo previsto como “un negocio”.

Son muchas las experiencias de estos equipos en estos años. Diremos que la más dura experiencia de desamparo la hemos vivido junto a nuestros consultantes y sus familias y que junto a ellos y ellas se nos ha hecho menos duro. Sin embargo, sin dejar de saber de los determinantes sociales más amplios que evidentemente afectan la

posibilidad de esta institución, estas prácticas nos dan acceso a la realidad singular y el malestar que conocemos en cada caso. Y que hoy nos impulsan a seguir trabajando.

VIVIANA PEREDA RUIZ
PEÑALOLÉN, NOVIEMBRE 2015

FRANÇOISE DAVOINE

PREFACIO

Jean Max Gaudillière y yo misma guardamos vivos recuerdos de los intercambios que tuvieron lugar a propósito de nuestras visitas, invitados por la Comunidad Terapéutica de Peñalolén. Aprendimos mucho ahí, constatando, a pesar de la distancia geográfica de nuestras prácticas, que las personas acogidas testimonian tanto de aventuras individuales como de catástrofes políticas que pudieron golpearlas a ellas o sus familias, tal como ocurrió en Chile y en nuestro país.

Descubrimos la misma obstinación, que es también la nuestra, de no objetivar mediante diagnósticos o estructuras a personas que hacen testimonio de acontecimientos que no pueden ser dichos, erradicados por la voluntad de borrar el pasado. Reconocimos una atención parecida, conducida por las impresiones que este silencio provoca en los terapeutas y en el cruce con nuestra propia historia, sobre puntos a menudo ignorados por nosotros mismos. Porque los delirios o los síntomas dan cuenta de la búsqueda de un otro cuando toda alteridad ha sido destruida; ahí donde es imposible, dice Dori Laub¹, decir “tú” a quien sea, incluso a sí mismo. Una primera direccionalidad se busca entonces repetitivamente, para mostrar, a falta de poder decir y en el modo del desafío; lanzado aquí y ahora, puesto que el pasado no se inscribió como tal.

La locura y los traumatismos provienen del mismo campo de investigación, conducido por la memoria traumática, en búsqueda de testigos “para eventos sin testigos”. Este campo no puede ser abordado con las herramientas del psicoanálisis clásico. ¿Cómo hablar de represión cuando los fundamentos de la palabra y de la confianza se encuentran devastados? La neutralidad en este caso no hace más que redoblar una soledad sin esperanza. ¿Cómo hablar de causalidad y

¹ Dori Laub, “Une clinique de l’extrême” en *Le Coq Heron* N° 220/2015.

de anamnesis cuando el tiempo se ha detenido? Ciertamente, es de extrema importancia informarse, precisamente sobre la historia y la geografía de los acontecimientos borrados, pero lo que vuelve a poner en marcha el tiempo, es devenir otro a partir de nada: aquél de la buena fe - ahí donde toda confianza ha desaparecido - y aquél del espejo - ahí donde los espejos han estallado. La transferencia toma ahora la forma de una interferencia, que Gaetano Benedetti (*La Mort dans l'âme*) llama *sujeto transicional* y Freud (*Moisés...*) *sujeto de la verdad histórica*. Surgido ya no del inconsciente reprimido - porque nada se ha inscrito en la cadena simbólica - sino del inconsciente desgarrado, se manifiesta en los terapeutas a través de sueños, impresiones bizarras o coincidencias, que no son de su propiedad ya que son fruto de la investigación en común. Deben entonces ser restituidos, según el estilo de cada uno, para reconocer la inteligencia del investigador en locura, a menudo ridiculizada, y permitir a los seres que lo obsesionan desde el otro lado del espejo encontrar reposo, inscribiendo luego su historia.

Estas dos dimensiones responden a la etimología de la palabra terapeuta, señalada en *La Ilíada*. El *Therapon* es el segundo en el combate; Patroclo para Aquiles y Sancho Panza para Don Quijote, que toma los cuidados de éste tanto en lo psíquico como en lo moral. Es también el doble ritual, encargado de las tareas funerarias: Aquiles para Patroclo, muerto en combate, y Don Quijote para Cervantes - que él denomina su hijo en el prólogo - ya que la novela contiene poemas en honor a sus compañeros de armas muertos en las batallas contra los Turcos y la historia de sus compañeros de esclavitud en Algeria.

Que este libro sea testimonio de las aventuras de terapeutas, que se responden más allá de los mares, como Quijotes y Sancho Panzas.

PARIS, OCTUBRE 1, 2015

**JEAN-MAX GAUDILLIÈRE
Y FRANÇOISE DAVOINE**

LA CONTRIBUCIÓN DE ALGUNOS PSICOANALISTAS FRANCESES AL ACERCAMIENTO CLÍNICO Y TEÓRICO A LA TRANSFERENCIA EN EL TRATAMIENTO PSICODINÁMICO DE LA PSICOSIS.¹

Este capítulo está dedicado a la investigación del trabajo de ciertos clínicos y teóricos franceses, concerniente al acercamiento psicoanalítico a la psicosis en los últimos 50 años. Esta historia particular está fuertemente marcada por los efectos políticos de la segunda guerra mundial en Francia. No intentamos registrar una lista exhaustiva de todos los autores franceses en este campo y tomamos la responsabilidad por nuestra parcial opción de ignorar el orden cronológico. En cambio, seguimos el camino de nuestra propia formación, en el curso de la cual conocimos a Gaetano Benedetti, invitándolo a hablar en Francia en 1988, quien luego participó en casi todos los simposios organizados por la Sociedad Internacional del Tratamiento Psicológico de las Esquizofrenias y otras Psicosis (ISPS) antes de asociarnos a ella formalmente.

Primero conocimos a Gaetano Benedetti al comienzo de los años 80 en Estados Unidos, en el jubileo del difunto Otto Will. Ya era un punto interesante, viendo la especialización del psicoanálisis en Francia en ese momento, que no hubiese traducción al francés del trabajo de Benedetti y que fuera necesario atravesar el Atlántico con el propósito de conocer a tan prominente psicoanalista, aunque él vivía a menos de 6 horas en auto desde París. Profundamente impresionados por su charla en el Centro Austin Riggs en Massachusetts, decidimos invitarlo a París a comienzo de 1995 y descubrimos que esa era su primera invitación profesional

¹ Artículo original en inglés: Yrjö O. Alanen, Manuel González de Chávez, Ann-Louise S. Silver, Brian Martindale. "Cap. 10 France: the contributions of some French Psychoanalysts to the clinical and theoretical approaches to transference in the psychodynamic treatment of psychosis". *Psychotherapeutic Approaches to Schizophrenic Psychoses: Past, Present and Future*. ISPS. Routledge. June, 2009.

a Francia. Luego de eso, tomamos un seminario anual sobre su trabajo y comenzamos la edición y traducción de algunos de sus artículos y libros al francés.

Cuando invitamos a Gaetano Benedetti en 1988, organizamos muchos seminarios: uno fue en Paul Guiraud, un hospital psiquiátrico público en Villejuif (en los suburbios de París). También invitamos algunos colegas psicoanalistas que compartían con Benedetti similares experiencias clínicas. Uno de ellos, Françoise Dolto, inmediatamente se vinculó con Benedetti después de su presentación clínica.

M.- A. SÉCHEHAYE Y FRANÇOISE DOLTO

Antes de entrar en un reporte del desarrollo del psicoanálisis de la esquizofrenia en Francia, nuestro foco en el idioma francés nos dio la oportunidad única de mirar más allá de nuestras fronteras a Suiza y al momento cuando fue publicado, ahí por primera vez en francés, el trabajo de Marguerite Séchehaye (1887-1964). También recordamos que el primer encuentro del ISPS, organizado por Gaetano Benedetti y Christian Müller en Lausanne y Zürich, permanecieron ambos en alemán y francés antes de cambiarse al universal inglés.

El libro teórico más importante de Séchehaye, *La Réalisation Symbolique*, fue publicado en 1947. Tres años más tarde fue publicado *Le journal d'une Schizophrenie* (Séchehaye, 1950); ediciones subsecuentes fueron ilustradas con cuadros de la película realizada en 1968 basada en las memorias de René -la paciente- con comentarios de su terapeuta.

Lo que impacta es el extraordinario coraje y libertad de la Sra. Séchehaye. Nunca se atemorizó del poderoso retroceso y alucinaciones de su joven paciente. Como terapeuta, respondía directamente a cada momento significativo de la transferencia psicótica, aún al nivel de

regresión fetal. Continuó en imponer su voluntad para sanar a René, aun cuando la paciente tuvo que ser hospitalizada varias veces. La Dra. Séchehaye no dudó en compartir aspectos cotidianos con su paciente, incluso alimentándola a veces para mantenerse en contacto con ella. La analista fue asistida por sus estudios de la descripción que hace Jean Piaget del desarrollo físico de los niños (1951). En el último capítulo de su libro, que contiene sus conclusiones acerca de las memorias de René, escribe:

Una conceptualización dinámica del proceso de disgregación en la esquizofrenia: cuando estamos en presencia de una paciente que, como René, se ha movido al punto de una profunda regresión a los estados primitivos de su evolución, se puede considerar este fenómeno a la luz de la teoría de Piaget. De su comparación, podemos concluir (y esto es particularmente importante) que lo que aparece ante nosotros como un proceso disgregativo puede, bajo ciertas condiciones, llegar a ser un proceso reconstructivo (Séchehaye, 1950: 131-132).

Aquí no estamos tan alejados de algunas de las formulaciones de Benedetti. Ciertamente, reconocemos la misma aproximación en el trabajo de Christian Müller (1982).

El trabajo de Séchehaye puede ser visto como un prelude a la investigación subsecuente y a las intervenciones clínicas en Francia. Más aún, su acercamiento anticipa el trabajo y la personalidad de Françoise Dolto, quien comenzó su práctica de psicoanálisis con niños con enfermedades mentales en 1938, fundando junto a Jaques Lacan la Escuela Freudiana de París.

En Francia, Françoise Dolto (1908-1988) mantiene un lugar similar a D.W. Winnicott en Inglaterra. Su familia (su apellido de soltera era Murette) participó activamente en la resistencia. Comenzó trabajando con niños al comienzo de la segunda guerra mundial. Desde ahí mostraría un genio consistente trabajando psicoanalíticamente, aún

con bebés que estaban en graves dificultades, aparentemente más allá del alcance de cualquier profesional o miembro de la familia. Su eficiencia y rigor expresaba un verdadero compromiso a trabajar con la transferencia, al mismo tiempo que claramente amonestaba a cualquiera que atacase la *causa de los niños* (Dolto, 1971 a, 1971b), una frase que ella acuñaba. Se expresaba en lenguaje claro, sin jerga. Como Winnicott durante la guerra, en los años '70. Dolto realizó un programa de radio en vivo ampliamente conocido, donde también respondía como analista a las preguntas de padres ansiosos, pero sin ser demagógica o débil con sus palabras. Su voz rápidamente llegó a ser un punto de referencia para muchas personas, mayormente lejanas al campo del psicoanálisis.

Françoise Dolto acostumbró basar su teoría en la experiencia directa o en la transferencia, como muestra el siguiente ejemplo. En otra conferencia de trabajo habíamos invitado a París a algunos *medicine man* Sioux, habiendo trabajado clínicamente con ellos en Dakota del Sur. Le habíamos pedido a Françoise Dolto escuchar a Joe Águila Ciervo, con la ayuda de su amigo Stanley Pájaro Rojo, quien describió un caso muy difícil que él trató en el hospital estatal a pedido de los médicos. En el marco de su propia cultura, y de la ceremonia de sanación que realizó con el joven muchacho, quien estaba a punto de morir, Joe describió cómo vio el cuerpo del chico iluminarse en la oscuridad del cuarto de hospital, y cómo le dio a beber agua después de la ceremonia. El chico comenzó a recuperarse y la misma tarde fue capaz además de comer algo, luego de muchos días de perder peso. Nosotros ya conocíamos la historia y nos preguntábamos cómo iban a reaccionar los analistas parisinos. Françoise Dolto le contestó al “hombre medicina”:

No estoy sorprendida por lo que nos dice acerca de sus propios sentimientos durante la ceremonia de sanación, dedicada a un joven muchacho incapaz de expresar nada con palabras o incluso con sus propios ojos. He tenido exactamente la misma experiencia con bebés sufriendo, quienes pueden ser vistos como casi catatónicos en ciertas circunstancias. Cuando un

paciente así es incapaz de expresar sus propios sentimientos, yo estoy sintiéndolos en su lugar, a través de mi cuerpo, las reales oposiciones primarias como luz/oscuridad, frío/calor, etc. Y las expreso devolviéndolas a él.

JAQUES LACAN

Casi desde el comienzo de su compromiso profesional con los niños, Françoise Dolto estuvo en contacto con la enseñanza de Jacques Lacan (1901-1981). Fue una de las pocas en llamarlo con el pronombre francés familiar “tú”. Vivieron durante las mismas décadas del siglo veinte y podemos verlos como los dos principales predecesores franceses en nuestro campo de trabajo.

Lacan nunca formuló teorías claras concernientes a la transferencia psicótica. Prefirió detener su investigación en el límite mismo antes de una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis (para esta “cuestión,” ver sus *Escritos 2*, Lacan 2009). Él consideraba que su trabajo de releer a Freud era una enorme tarea, dedicada a redescubrir las raíces de los descubrimientos freudianos: por ejemplo, el inconsciente y la represión, conectado con una teoría del lenguaje. El asunto de la psicosis en psicoanálisis estaba para ser explorada más tarde. Acostumbraba a bromear sobre su experiencia con la psicosis como psicoanalista: “Claramente tengo algunos pacientes psicóticos en psicoanálisis. He sanado a algunos de ellos, no soy capaz de decir cómo”.

Quizás su entrenamiento como psiquiatra, campo en el cual él ya había alcanzado una alta reputación previo a la segunda guerra mundial, junto a sus actividades como miembro de un grupo surrealista por un tiempo, fueron claves en su aproximación a la locura. Por años presentó pacientes en público en las instalaciones del hospital psiquiátrico Sainte-Anne en París, como hizo Gaëtan

Gatien de Cleranbaut, el único maestro que él reconocería. Por otro lado, en línea con la aproximación psicoanalítica, organizó muchas conferencias de trabajo dedicadas al análisis de la psicosis en el instituto que había creado, La Escuela Freudiana de París. Lo más importante de su enseñanza concerniente a la psicosis proviene sin embargo de sus seminarios orales; especialmente dos de ellos: *Las Psicosis*, donde comenta el caso Schreber de Freud y *La Ética del Psicoanálisis* (Lacan, 1986), donde reflexiona profundamente sobre los textos de las tragedias griegas clásicas y la antropología.

Releyendo a Freud y a Schreber, Lacan propuso conceptos claves, que son útiles para el analista cuando se trata de establecer dónde está él en viaje transferencial con la locura. Como una traducción del freudiano *Verwerfung*, Lacan acuñó la forclusión del Nombre del Padre. La famosa triada, *Simbólico, Imaginario y Real*, terminó en la enseñanza de Lacan con el misterioso y provocativo Nudo Borromeo: cuando uno de los tres círculos que representan estos tres dominios se corta, los otros dos se pierden; aquí se encuentra: la locura misma. El concepto de Real es particularmente interesante en nuestro campo, que designa un orden sin nombre, palabra o imagen. En la transferencia, ciertamente tenemos que ser muy precisos en reconocer qué sucede en los bordes de esas tres categorías.

Lacan nos ayuda a ir más profundo comentando las tragedias de Sófocles *Antígona y Edipo en Colono*. Estas piezas maestras abren un campo importante para nosotros, que Lacan llama “el espacio entre dos muertes”; un espacio y tiempo al que podemos acercarnos entre el momento de la muerte biológica y el momento cuando el nombre puede ser inscrito ritualmente en la tumba. Si nos preocupan estos nexos evidentes entre trauma y locura, ¿cómo podemos rehusar esta lección elemental, enseñada a nosotros por veteranos de guerra o sobrevivientes a ataques o desastres naturales?

Naturalmente, todos estos conceptos son altamente demandantes y complejos y no pueden ser simplificados o separados del conjunto de la teoría lacaniana. Considerar, por ejemplo, “la forclusión del

Nombre del Padre” como un rasgo semiótico, en orden a establecer un diagnóstico de psicosis, es simplemente absurdo.

GISELA PANKOW Y PIERA AULAGNIER

El estilo de Lacan fue con frecuencia provocativo. Lo vimos algunas veces siendo feroz con la gente que él no respetaba, aún entre sus mismos alumnos. Pero una de las más importantes psicoanalistas en nuestro campo fue, en otras formas, aún más feroz. Françoise Davoine, que pasó algunos años bajo la tutoría de Gisela Pankow, acostumbraba a decir en broma: “Luego de experimentar la personalidad y el compromiso de Gisela Pankow (1914-1998), nunca más seré atemorizada por algún paciente psicótico”. Pankow era de origen alemán: después de sus estudios de medicina en Alemania, comenzó a trabajar como psicoanalista en París a comienzos de los años 50. Hasta el final de su vida, lideró un seminario clínico en el hospital psiquiátrico público Sainte-Anne. Por algunos años fue probablemente la única persona en París realmente capaz de asumir el desafío de tratar a los pacientes más graves con psicoanálisis, incluyendo los abiertamente psicóticos, en contra de las normativas del análisis clásico (Pankow, 1969). Ella llevó esto a su práctica privada. Aunque no era una persona fácil de llevar, supervisó a muchos practicantes, incluidos psiquiatras que trabajaban en hospitales públicos, quienes en ese período de la historia del tratamiento de la psicosis en Francia eran a menudo también psicoanalistas. El director médico de nuestro sector, Edmond Sanquer, fue uno de ellos. Tenían un gran respeto el uno por el otro. Claramente el paisaje cambió radicalmente luego de ese período, como evidencia el hecho de que a principio de los '70, el 80% de los psiquiatras estaban en análisis; hoy es cierto que es menos del 5%. Quizás necesitamos la fuerza y el valor de otra Gisela Pankow.

Una historia que ilustra cómo Pankow lidiaba con la transferencia psicótica, en inmediatez y en proximidad (siguiendo los principios de psiquiatría de avanzada de Thomas Salmon): un día, entrando a su sala de espera para buscar a su próximo paciente, quien ya tenía una pierna sobre el balcón (en el séptimo piso del edificio), calmadamente y en su fuerte acento alemán, le preguntó: “¿Qué haré con su cadáver?” él volvió y en una sesión discutieron este importante asunto. Respetuosa de los intentos de suicidio, le diría a sus colegas y a sus pacientes que al tratar de matarse, los pacientes claramente tenían la necesidad de matar algo en ellos, en vez de quitarse la propia vida.

Para evocar y explicar una idea clave respecto a la transferencia, Pankow usaba con entusiasmo la arcilla para modelar. Ponía las figuras monstruosas producidas por sus pacientes en una pequeña mesa entre ella y ellos, diciendo: “¿dame algunos monstruos! Soy una comerciante de monstruos”. Su marco teórico general trató con la imagen del cuerpo, pero siempre lo usó como una representación legible de los accidentes que habían ocurrido en la historia del linaje. En la transferencia, era capaz de intervenir con tal efectividad probablemente porque estaba hablando desde su propia historia, marcada profundamente por las dos guerras mundiales. Esto nos recuerda a otra psicoanalista alemana en exilio, Frieda Fromm-Reichmann, cuando declaró en la Clínica Chestnut Lodge: “Aún en el caso de la catatonia más regresiva, cuando uno dice que no hay transferencia, de hecho todo es transferencia”. En el mismo camino, Gisela Pankow acuñó la fórmula del “injerto de transferencia”. Pankow mantuvo su independencia hasta su muerte y transmitió su conocimiento en muchos libros y numerosos artículos, los cuales dan una buena idea de su estilo y efectividad.

Ahora nos referiremos a una tercera psicoanalista mujer, Piera Aulagnier (1923-1990). Es destacable que, como Gisela Pankow, Aulagnier también nació fuera de su país (en Italia bajo Mussolini) y también comenzó a trabajar en Francia como psicoanalista. Habiendo sido miembro del primer instituto creado por Jacques Lacan, lo dejó porque cuestionaba los métodos usados en formar analistas. Continuó

siendo inspirada por la enseñanza de Lacan en la elaboración de su propia posición psicoterapéutica frente a la psicosis. Los libros de Aulagnier dan una buena visión de su exigente precisión en presentar su trabajo clínico. En *La Violencia de la Interpretación* (Aulagnier, 1975) se enfocó en el aspecto de la transferencia que no fue totalmente mediada por los significados ordinarios de la representación. Así, fue capaz de diferenciar entre el clásico “significante” de Lacan, accesible a las formaciones del inconsciente reprimido y el “pictograma” en uso cuando la cadena de lenguaje y transmisión se rompe. Cuando se separó de Lacan, Aulagnier creó “El Cuarto Grupo”. Desafortunadamente, falleció antes de poder trabajar más allá con este grupo.

P.C. RACAMIER, CLAUDE BARROIS Y OTROS

Paul-Claude Racamier (1924-1996) participó activamente en la etapa temprana del simposio del ISPS iniciado por Gaetano Benedetti y Christian Müller. Dirigió muchos servicios psiquiátricos en Francia y Suiza y publicó un número importante de libros y artículos dedicados al psicoanálisis de la psicosis. En uno de los más conocidos, *El Psicoanalista sin Diván*, explora la especificidad y la posibilidad del trabajo psicoanalítico en el ámbito hospitalario (Racamier, 1970). También publicó un libro sobre pacientes esquizofrénicos (Racamier, 1980). En su último libro, *El Genio de los orígenes*, destaca la maligna eficacia de las distorsiones cognitivas y cómo la locura trabaja como un principio que revela esas manipulaciones de la mente, el alma y el cuerpo.

Racamier no da muchos detalles sobre su manera personal de trabajar en este campo, pero sí lo suficiente como para demostrar la fuerza de su involucramiento en el proceso transferencial. Él mismo nunca usaría una descripción como esa en referencia a la etiología y sabemos que esa actitud es probablemente la única base posible para cualquier intervención psicoanalítica en este dominio, consistiendo en un alto grado en características tales como violencia, evasión, negación y erradicación.

Debemos mencionar también el trabajo de Claude Barrois. Por muchos años, hasta su retiro, fue la cabeza de psiquiatría en el Hospital Militar de Val de Grace, en París. Siendo un psicoanalista altamente sensible, fue uno de los pocos practicantes capaces de tratar y explorar los traumas de guerra como analista y explicar sus conexiones con la locura (Barrois, 1993, 1998).

Sidney Stewart (1920-1998) realizó toda su carrera como analista en París, siendo uno de los pocos sobrevivientes del infierno de la marcha de la muerte de Batán y de los campos japoneses durante la segunda guerra (Stewart, 1980). Aquí tenemos la oportunidad de mencionar el rol de su esposa, Joyce MacDougall quien, además de su propio y destacado trabajo, también jugó el rol de una importante mediadora, ayudando a psicoanalistas franceses a cruzar las fronteras internacionales y mantener el contacto entre los clínicos y teóricos británicos, norteamericanos y de Europa del norte. También vale la pena mencionar al psiquiatra Georges Daumezon (1912-1980), responsable del Servicio en el hospital de Sainte-Anne hasta su muerte. Fue el mentor de muchos jóvenes psiquiatras, receptivos al psicoanálisis en el ámbito de un hospital psiquiátrico público.

Claramente hay muchas otras figuras importantes a quienes no nos podemos referir en esta breve presentación. Nos hemos enfocado en aquellos que nos han dado herramientas indispensables en el logro de los propósitos del ISPS y quienes comparten los principios de Benedetti, al menos, no están en contradicción con ellos. Luego de más de 30 años en hospitales psiquiátricos y en práctica privada, en nuestro trabajo (Davoine y Gaudillière, 2004) aspiramos a continuar a través de los lineamientos abiertos por nuestros predecesores, quienes consideraron la transferencia en el tratamiento psico-dinámico de la psicosis como un proceso de co-investigación con el paciente, explorando las “áreas de muerte” (Benedetti, 1983) que representa las rupturas en el tejido social en orden de regenerar las capacidades perdidas por el discurso y la historia (Freud, 1939 a).

REFERENCIAS

- Aulagnier, P. (1975) *La violence de l'interprétation: du pictogramme à l'énoncé*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Barrois, C. (1993). *Psychanalyse du guerrier*. Paris: Hachette.
- Barrois, C. (1998). *Les Névroses traumatiques*. Paris: Dunod.
- Benedetti, G (1983). *Todeslandschaften der Seele*. Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht.
- Davoine, F. and Gaudillière, J-M (2004). *History beyond Trauma*. New York: Other Press.
- Dolto, F. (1971a). *Psychanalyse et Pédiatrie*. Paris: Editions du Seuil.
- Dolto, F. (1971b). *Les cas Dominique*. Paris: Editions du Seuil.
- Freud, S. (1939a). *Moses and monotheism*. Standard Edition XXIII. London: Hogarth Press.
- Lacan, J. (2009). *Escritos 2*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1986). *Séminaire VII: L'éthique de la psychanalyse, 1959-1960*. Paris: Editions du Seuil.
- Müller, C. (1982). *Etudes sur la psychothérapie des psychoses*. Toulouse: Privat.
- Pankow, G. (1969). *L'Homme et sa psychose*. Paris: Editions Flammarion.
- Piaget, J. (1951). *Play. Dreams and Imitations in Childhood*. Trans. C. Gattegno and F.M Hodgson. New York: Norton.
- Racamier, P.-C (1970). *Le Psychoanalyste sans divan*. Paris: Payot.
- Racamier, P.-C (1980). *Les Schizophrènes*. Paris: Payot.
- Racamier, P.-C (1992). *Le Génie des origines*. Psychanalyse et psychoses. Paris: Payot.
- Séchehaye, M.-A (1947). *La Réalisation symbolique*. Revue de psychanalyse et de psychanalyse appliquée 12.
- Séchehaye, M.-A (1950). *Le journal d'une Schizophrène*, Paris: Presss Universitaire de France.
- Stewart, S. (1980). *Give Us This Day*. New York: Avon.

JEAN-MAX GAUDILLIÈRE

ACTUALIDADES

He aquí el trabajo mayor de Gaetano Benedetti, accesible a los lectores franceses. Su nombre era hasta ahora poco conocido en los medios psicoanalíticos de nuestro país, pero en el camino de la aproximación psicoterapéutica de la locura la necesidad de compartir con otros terapeutas una experiencia difícil y rigurosa no se detiene frente a proteccionismos sospechosos o arrogantes. Nos encontramos más bien llevados a superar fronteras y mejorar sin cesar los centros de gravedad de sus propias referencias.

Hace casi diez años, invitamos a Gaetano Benedetti a Paris, luego de haberle consagrado un año de nuestro seminario: *Locura y lazo social* en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Diez años tras los cuales nuestro encuentro con Patrick y Danièle Faugeras abrieron la ocasión editorial de esta traducción. Desde hace más tiempo incluso, Benedetti, siciliano de origen que escribe en su italiano natal o en su alemán-suizo de adopción, ha podido ser traducido en todo el mundo: en inglés, en español, en sueco, en finlandés y en otros idiomas que puedo olvidar. En esta geografía, la Francia psicoanalítica parece un campo restado. ¿Pero para proteger qué, si observamos la debilidad de los trabajos relativos al campo de la clínica analítica de las psicosis durante el mismo tiempo?

Las cosas están quizás en vías de modificarse, sin relación a los efectos de la moda y de confusión que inscriben desde hace poco a la psicosis en el frontón del más mínimo coloquio. Desde los años

¹ Publicado en *La Mort dans L'Âme*. Erès, 1995. Primera traducción de Gaetano Benedetti al francés editada por Jean Max Gaudillière.

'50, el simposio sobre la psicoterapia analítica de la esquizofrenia, iniciada por Benedetti y algunos otros, recibía desde sus inicios la colaboración de Gisela Pankow y de Racamier. Fuera de coloquios, nos hemos encontrarnos ocasionalmente, como sorpresas agradables, con analistas que tienen la empresa de explorar esta clínica de lo real, en una soledad casi artesanal, a menudo en un contexto institucional hostil. Se impone un tiempo de reflexión ante esta falla - o este quiebre - cronológico, marcado por años difíciles, al límite de la esterilidad.

TRADICIONES

La lectura del libro de Benedetti se nos vuelve ardua por momentos, debido a que se inscribe en el curso de una tradición sólida en la que encontramos lógicamente los nombres de Harry Stack Sullivan, Frieda Fromm-Reichmann, Otto Will, etc. Gaetano Benedetti era amigo de este último, recientemente fallecido. Y Otto Will, que habíamos encontrado en Austen Riggs Center, era paciente de Sullivan, y después colega de Frida Fromm-Reichmann en Chestnut Lodge. El nombre de esta clínica - que acogió por medio siglo la investigación y clínicos del análisis de la psicosis en Estados Unidos - es conocido para el público francés a través de la obra de Harold Searles. Pero estos otros pioneros no pudieron atravesar los obstáculos de la traducción. No resisto el malvado placer de citar textualmente la respuesta de un analista francés, responsable de la colección en una gran casa editorial, al que le propusimos, hace ya mucho tiempo, abordar con urgencia la traducción de las obras de Sullivan. Luego de algunos meses necesarios para la lectura y la meditación, a menos que haya sido para suavizar su reacción lacónica, nos escribió que todo eso era efectivamente muy interesante, pero que no podía interesar a un público francés puesto que Sullivan no era conocido en Francia. QEPD. Apreciemos la perfección del razonamiento.

Gaetano Benedetti es del mismo buen temple que esas grandes figuras de la historia del psicoanálisis, del mismo rigor exigente y sin complacencias, de la misma riqueza clínica, animado por el mismo deseo de transmitir. Veremos que en efecto todos esos puntos no marcan tanto el carácter de un hombre sino los propios criterios del psicoanálisis relacionados con la locura. Pero es el momento de encontrarlo a través de su obra, puesto que los representantes de esta época fundadora han avanzado en edad o están muertos. Mientras tanto, el progreso "de la ciencia" quimioterapéutica, el retorno con fuerza de los electroshocks, la proliferación de las "terapias cortas," tan apreciadas de los seguros privados o públicos, no han dejado siquiera la investigación abierta a las generaciones siguientes. Los prestigiosos lugares de la investigación clínica en EE.UU, por ejemplo, no han resistido al DSM IV y al encierro de los lobbies industriales, jurídicos y financieros. Y la literatura que continúa emanando de ellos usurpa su reputación antigua para publicar las estadísticas débiles de los "follow-up studies"². Sin embargo, allá como aquí es importante, para poder comunicarse, permitir a aquellos que hacen el trabajo, continuar localizándose en relación a referencias comunes.

TRANSMISIÓN

Salvo por algunas notables excepciones, la locura estuvo durante muchos decenios marcada de un sentido clínico casi prohibido para la mayor parte de los jóvenes psicoanalistas franceses. Ella debía contentarse de existir en el campo de consideraciones intelectuales, a pesar de que no dejaba de efectuar algunos retornos estrepitosos, en acto, sobre la escena de la realidad entre esos mismos intelectuales,

² En inglés en el original

hasta en la población de terapeutas. Pero parecía bien arriesgado aventurarse hacia esos territorios, puesto que estaba escrito “que no hay transferencia con la psicosis”. Se intentaba legitimar el *oukase* apoyándose sobre algunas citas freudianas, despreciando la diversidad de las reflexiones de Freud sobre la locura y el constante interés psicoanalítico por esta pregunta clínica, explicitado, por ejemplo en su correspondencia con Jung o Ferenczi. Quizás faltaba ahí la valentía testimoniada en una nota de Benedetti al comienzo de su libro:

“la concepción freudiana según la cual en el inconsciente del esquizofrénico las imágenes objétales están diluidas no es aceptable sino en función de las conclusiones que sacamos de ahí. Si la conclusión es que no puede haber transferencia y por lo tanto comunicación con el paciente esquizofrénico privado de imágenes inconscientes que él debería al contrario poder proyectar sobre el terapeuta para comunicarse con él, entonces yo rechazo la tesis de Freud. Pero si, al contrario, escuchamos tal tesis en el sentido que las imágenes inconscientes del esquizofrénico son tan amorfas que no pueden estructurarse sino en función de la intencionalidad terapéutica, en la forma de ser del terapeuta frente (*vis-à-vis*) al paciente, entonces el “vacío” esquizofrénico se entiende mejor. Lo inconsciente se estructura en la comunicación”.

Nos apoyábamos también sobre la “forclusión” lacaniana – entendida como la marca de una estructura inoxidable – para ubicarla bajo el microscopio del examen clínico, similar a la lesión orgánica en la medicina anatomopatológica. Menospreciando las diez últimas líneas – tan abiertas a una investigación posterior – del texto *Cuestiones preliminares a todo tratamiento posible de la psicosis* y de todas las excursiones que se han tenido aparte de la vulgata oficial que la libertad de Lacan se permitía, hablando por ejemplo a colegas psiquiatras.

Pero había sobre todo el presentimiento inquieto que ese campo arriesgaba develar ferozmente algunos aspectos gregarios y defensivos

de la reunión de psicoanalistas haciendo aparecer crudamente que el rey está desnudo cuando él se encuentra con alguien que realmente tiene necesidad del psicoanálisis, como decía simplemente Otto Will, hablando de pacientes marcados por la locura.

En la *Folie Wittgenstein* – cuya publicación facilitó la vía de esta traducción – Françoise Davoine muestra que los interlocutores parisinos no eran entonces legión. Cuando acogimos a Gaetano Benedetti en 1985 – era la primera vez que fue invitado en propiedad a Paris – nos preocupamos de contactarlo con colegas que pudiesen dialogar con él a partir de sus propias experiencias clínicas de un trabajo psicoanalítico con la locura. Reunimos entonces a Françoise Dolto, Claude Poncin, Edmond Sanque y algunos otros familiarizados con esa “transferencia psicótica” tan desacreditada en la época. Es verdad, los pacientes de los hospitales psiquiátricos saben de esto. Pero en esos lugares en contacto con ellos a través de esta práctica tan poco narcisizante se encontraron ciertamente los primeros lectores de Benedetti en Francia, que sabrán hacer diálogo útil entre ellos, con sus pacientes y con él.

DINÁMICA Y DIALÉCTICA

Ahora entonces, ¿cómo leer este texto? Gaetano Benedetti no busca la facilidad. El lleva a su lector por un camino escarpado asegurándose de su cultura psicoanalítica y psiquiátrica. Su formación en Burghölzli de Zurich, luego su contacto con los pioneros americanos y su colaboración permanente con colegas de todos los países del mundo, le dieron acceso a la literatura clínica y teórica que trama el campo de la esquizofrenia desde hace tres cuartos de siglo. Su experiencia personal como terapeuta “redoblada” – por aquella de practicantes que lo consultan – ritma su texto de tal manera que ninguna posición teórica es propuesta sin referirla a ejemplos transferenciales anotados en letra chica. ¿Pero qué desarrollo heurístico y pedagógico sigue él

para pasar de la primera parte, “Psicopatología y Psicodinámica” a la segunda: “Psicodinámica y Psicoterapia”?

De entrada, Benedetti se apoya sobre la experiencia de la transferencia con la esquizofrenia enunciada como la participación del terapeuta en la propia formación sintomática. No se trata aquí de empatía sino de la necesidad de pasar al reporte de una experiencia de existencia negativa vista del lado del paciente, retomando las “impresiones” del terapeuta. Como lo indica él mismo, nuestras descripciones son a los mensajes de los pacientes lo que serían las descripciones de una pintura en relación a la visión inmediata de ésta. Más irónicamente, él invita también a dejar las ilusiones de una nueva cocina psicoanalítica capaz de comentar al infinito sobre el menú mientras que el paciente no encuentra nada para comer en el plato que se le presenta.

No se trata sin embargo de publicar el diario de esquizofrénicos o de avanzar sobre la vía de una ficción de la locura que destaca – tan útilmente para nosotros – su compatriota Luigi Pirandello. En realidad, él lleva firmemente al lector a cruzar su experiencia con la suya para que aparezca sin duda que él no podría tener ahí posición de exterioridad objetiva en relación a la locura si no es con desconocimiento y rechazo.

Benedetti avanza así al ritmo de la exploración de diversas categorías fenomenológicas del espacio y el tiempo, o bien ítems de la sintomatología clásica. Pero cada vez inclina la distancia descriptiva hacia la evidencia del encuentro transferencial, movimiento que no es otra cosa que la propia transferencia con la locura. Desde la primera página, él enuncia la primacía del lenguaje, aún y sobre todo – como dice Wittgenstein – “cuando la herramienta de los nombres está rota”:

El alma humana está tan construida según una dimensión de comunicación que a pesar de distorsiones autísticas siempre hay recursos, posibilidades marginales, atajos, expedientes que hacen, finalmente, que pueda circular el mensaje por la vía del diálogo”. Así como, a propósito de la catatonía, Frida Fromm-

Reichmann había subrayado ya esta dialéctica: cuando creemos que no hay transferencia, todo es transferencia.

Tampoco debe sorprendernos que una lectura que permanece exterior, informativa, cursiva, se traduzca en desánimo. Como dice más o menos George Feydeau: a los y las que no saben nada, esto no puede enseñarles gran cosa. Los otros, al contrario, penetrarán ahí para alimentar este texto de sus propias experiencias: como para la mayoría de las obras que tratan la locura de cerca – como *Las investigaciones filosóficas* – Ludwig Wittgenstein indica que ellas aparecen vacías si no las hacemos vivir de sus propias interrogaciones, salidas de una práctica muy real, llenas de enfrentamientos, hallazgos, fracasos, dramas y alegrías.

Sin embargo, nos encontramos aquí en presencia de una enseñanza y no de una complacencia. Puesto que se descubre ahí, al lado de la verdad y la agudeza de situaciones transferenciales exploradas, la necesidad de esta transmisión que se vuelve parte integrante del trabajo con el paciente. Efectivamente, cuando ocurre el encuentro entre paciente y terapeuta, en esas zonas impactantes que Benedetti describe como “áreas de muerte” las palabras, los significantes que comienzan a nacer y circular ahí donde la prueba misma del sufrimiento no podía aún inscribirse, tienen necesidad de estas interlocuciones entre pares, para hacer la prueba de su llegada al lazo social, como lazo social. Ni misterio, ni magia, ni indecible en este intercambio, prototipo mismo de la lectura de este libro: estamos ahí lo más cerca del génesis del lenguaje, en la reanudación de lo que ocurre de uno y otro lado, si esta geometría conserva aún un sentido en estos momentos sin polaridad.

Así, la fuerza de Benedetti no le debe nada al énfasis ni al compromiso con aliados finalmente opuestos a la pasión que lo anima. Esta fuerza es perceptible en cada una de sus intervenciones públicas; por ejemplo, en la apertura del simposio sobre la psicoterapia de la esquizofrenia, él lleva “infaltablemente” a sus auditores a responderle en pensamiento – o a continuar el diálogo directamente con él – a partir de dificultades antiguas o recientes. Esta fuerza es entonces

dialéctica: es por eso que él se aferra al término de “dinámico” que vuelve bajo su pluma a su acepción original.

La dinámica es lo contrario, es el antídoto de la estructura. Es una concepción del tiempo que permite en efecto hablar de momentos psicóticos, de relaciones psicóticas, más que de un diálogo fijado de una vez por todas y que equivaldría a la tarjeta de identidad de un sujeto. De la misma manera, en su aproximación analítica de la locura, Frida Fromm-Reichmann y Harry Stack Sullivan hablaban de una diferencia de grado y no de naturaleza, para registrar la psicosis. Para ir aún más lejos en este intervalo de un tiempo lógico que nos queda por explorar, es el Otro *in statu nascendi* que Benedetti nos invita a poner en movimiento. En los propios límites del lenguaje todo tiene aquí estatuto de intercomunicación. El inicio clínico de la ambivalencia, de la duda y del retraimiento esquizofrénico, se parecen un poco a las premisas freudianas sobre el sentido opuesto de las palabras primitivas. En el mismo intervalo que permite el paso de un extremo al otro, de la investidura masiva a la ausencia total, el Otro, el discurso del Otro del inconsciente terapéutico, aparece lo que él llama “participación” del terapeuta. Como en ese ejemplo donde, cosificado a pesar de él y a su vez en un momento de transferencia, le permite a su paciente recuperarse. En ese momento “cero” donde vibra una oscilación deshumanizante, el terapeuta se encuentra llamado de golpe con toda su propia historia y todos los lazos sociales con la locura de los que está tomado.

Lugar de encuentro desmarcado por excelencia, *no man's land* entretelado de azares objetivos, lugar de coincidencia, instituciones fulgurantes, profecías que más de uno hacemos vacilar del lado de las convicciones telepáticas, he aquí pues la propia materia en la que existe el lugar y el lazo del transferir psicótico. El Otro, desde ahora despojado de una objetividad y neutralidad ilusorias, es requerido por la forma misma del encuentro para levantar acta de ello de forma audible y aceptable por el paciente. Todos los ejemplos tomados a lo largo de los escritos de Gaetano Benedetti nos llevan a esta creación fundadora, sin la cual no podríamos medir sino nuestra inutilidad.

Habrán comprendido que estoy profundamente alegre de desear un buen viaje al lector que hace su camino en estos territorios de locuras, que siguen siendo a pesar de todo, formas de la experiencia humana. ¿Cuál sería el irresponsable tributo pagado a la comunidad por aquellos dispuestos a denegarla, o hasta suprimir su expresión?

LAURA ANDREOLI

LA IDENTIDAD NEGATIVA Y LA POSITIVACIÓN EN LA TEORÍA DE LA PSICOSIS DE BENEDETTI¹

LA IDENTIDAD NEGATIVA

“A ellos les parecía no existir, ni como entidad configurada frente al mundo, ni como una estructura distinta, ni diferenciada en sus partes. En la psicoterapia no son las interpretaciones, sino más bien la insistencia del terapeuta en permanecer al lado de los aspectos frágiles del paciente sin querer, sin embargo, volverse parte de él, lo que puede cambiar la situación²”.

Clínico ante todo, Gaetano Benedetti busca las brechas operativas para entrar en el meollo de esta terapia que es esencialmente un ser-con, un compromiso terapéutico en la dimensión identificatoria, simétrica y asimétrica³. La paradoja terapéutica invierte la confusión psicótica entre adentro y afuera, en complementariedad sujeto-objeto, lo que quiere decir que nada de lo que aparece en el campo de las interacciones pertenece exclusivamente a uno o al otro polo de la diada.

La identidad negativa sería el núcleo de la experiencia psicótica, de la vivencia de no-existencia, ligada a una falta a nivel de los acontecimientos primarios que fundan al ser simbólico, “aires de muerte, agujeros de muerte, de ausencia...”. Vacío que recuerda la “representación de la ausencia de representación” de André Green,

¹ Artículo original en francés: Laura Andreoli. "Identité négative et positivation dans la théorie de la psychose de Benedetti". *Autour de Gaetano Benedetti : une nouvelle approche des psychoses*. Paris: Campagne Première, 2008. pp: 83-92.

² Los párrafos en cursiva y entre comillas, sin referencia de autor son citas de Gaetano Benedetti.

³ Gaetano Benedetti, *Alienazione e Personazione nella psicoterapia della malattia mentale*, Einaudi, Torino, 1980, pag.142-143.

como versión radical negativista del “trabajo de lo negativo”⁴, que regula los reajustes psíquicos de las representaciones inconscientes. Trabajo de lo negativo que se inscribe sobre los “trazos olvidados” de “lo que ha sido y ya no es,” en una oscilación de la presencia-ausencia dada por las características transicionales de un objeto que puede “ser” y “no ser”.

Para André Green la transicionalidad corresponde a la intuición implícita del “trabajo de lo negativo,” pero la dimensión de presencia-ausencia y la potencialidad transicional del trabajo de lo negativo están condicionadas a la existencia del objeto interno disponible, “vivo y real,” impregnado de las cualidades vivas del objeto externo. Si al contrario, el objeto externo ha faltado de manera traumática, la secuencia objeto interno-objeto transicional, más que una ausencia-presencia, testimonia de un jamás llegado a la existencia, de una ausencia dramática de la “estructura encuadrante” (A. Green) que contiene en su interior el espacio psíquico.

Cuando hay ausencia sin ninguna posibilidad de reparación, el vacío se impone: la vivencia de no-existencia de Benedetti recuerda la afirmación de Green: “Ahí donde la no-existencia ha tomado posesión, las representaciones vienen a faltar,” ausencia que para la psicosis es robo de identidad e imposibilidad de construirla. Es el símbolo de sí mismo el que, según Benedetti, es la falla esencial de ese trabajo, ausencia del símbolo de Sí que debe comprenderse como una “falta en ser” (D. Winnicott), mucho más que una falta de representatividad.

Es únicamente en el contexto del otro que el sujeto puede devenir. La pregunta por el símbolo de Sí atañe sobre todo a la “falta del sujeto”; en sus dimensiones constitutivas y no sólo representativas.

⁴ La distinción entre simetría y asimetría reenvía a Matte Blanco, *El inconsciente como conjunto infinito. Un ensayo de bi-lógica, y a la característica fundamental del principio de simetría del inconsciente*. Ver más adelante el artículo de Madelene Caspani-Mosca, “Matte Blanco, Pankow y Benedetti: Imágenes del cuerpo y transferencia”.

Aquí el aporte objetal del objeto transicional no basta, se necesita una duplicación de subjetividad, de una “estructura dinámica de la presencia, anterior a una representación significada,” para retomar las palabras de Henri Maldiney⁵. La posibilidad de reparación sólo existe si el terapeuta se pone en el lugar del paciente, siguiendo una identificación parcial que tendrá lugar de simetría de un ser-con, para construir un vector estructurante: es en este sentido que la positivación es “imagen del paciente en el espejo de la dualización”⁶.

La mirada terapéutica no puede solamente ser un eco, es necesaria una perspectiva identificatoria a un otro capaz de soñar al sujeto para darle un rostro. Esto no tiene nada que ver con una representación o una interpretación de conflictos o de afectos escindidos; se trata de un movimiento dinámico que debe actuar sobre el mismo lenguaje del paciente. El yo fragmentado psicótico se halla en el mundo alucinatorio y delirante: estas imágenes, aun delirantes forman el único Sí mismo del paciente, son “comunicaciones en sí”. El terapeuta debe entonces sumergirse en el mundo significativo del paciente, ubicar hitos en sus fantasmáticas, sobre todo en sus sueños, una “realidad” psíquica de sí mismo.

“Cada mañana una paciente leía el diario para encontrar ahí el obituario de su muerte. Y era inútil ante su convicción delirante hacer un llamado a la lógica; es decir, que como lectora, ella no habría podido leer ahí su propia muerte. Al contrario, la intervención del terapeuta, que insinuaba en este gesto la nostalgia de un afectuoso dolor resentido como resequedad y muerte interior, la impresionaba. Pero una formulación tal indicaba el sentido profundo del duelo que Benedetti daba a esta muerte, como una “realización simbólica” de la intención del

⁵ André Green, *El trabajo de lo negativo*, Minuit, 1993.

⁶ Henri Maldiney, en *Presencia de Gisella Pankow*, Campagne Premiere/2004, p. 55-63.

delirio. Realización simbólica que no vehiculaba una gratificación instintiva, sino que es resonancia dual con el delirio, extracción de un símbolo posible de Sí mismo”⁷.

LA POSITIVACIÓN

“Uno de los fenómenos maravillosos de la relación psicoterapéutica es su función vicaria, el hecho que cada uno de los participantes de la dupla pueda [...] introyectar como un propio proceso endopsíquico, una forma de ser molesto para el otro”⁸.

La respuesta que viene del inconsciente del terapeuta se abre sobre un fondo de fantasmización creativa: la primera positivación es la presencia del terapeuta en la experiencia psicótica. A partir de un fantasma común, el terapeuta va a dar no solamente límites, sino que él “entra” en las fallas primordiales del psiquismo. La falta de identidad no puede tolerar la asimetría; la identificación simétrica es necesaria para compartir el camino emocional que emana del lugar del pasado. El terapeuta acepta existir entre el delirio y la complementariedad sujeto-objeto, ubicarse él mismo en el lugar significativo del pasado del paciente: las brechas operativas utilizan las paradojas de la experiencia psicótica del transitivismo (elementos del paciente están inmersos en el mundo) y de la apersonación (penetración de elementos del mundo en el paciente).

Uno debe “descender” en las fauces del dragón - fauci del drago -

⁷ Gaetano Benedetti, *Paziente e terapeuta nell'esperienza psicotica*, Bollati e Boringhieri, Torino, 1991, p. 206.

⁸ Gaetano Benedetti, *Alienazione e Personazione nella psicoterapia della malattia mentale*, Einaudi, Torino, 1980, pag.304.

en una dualidad diádica sujeto-objeto, que la transferencia negativa permitirá sobrepasar, actualizándolo en un contexto nuevo; no de un objeto nuevo: el terapeuta es sujeto vicario en un injerto psíquico que se agarra sobre las raíces psicopatológicas para transformarlas en psicopatología progresiva.

“un paciente esquizofrénico teme la mirada del terapeuta, está aterrado por una mirada casual, tiene terror de ser hipnotizado por los ojos del terapeuta: éste último evita sentarse frente a él para dejarle la posibilidad de sentirse solo. En una simetría simbólica, el terapeuta tiene un sueño en el que se siente absorbido por dos ojos inmensos y terribles, pero a diferencia del paciente, él tiene la sensación de poder sostener la mirada y decide no sustraerse”⁹.

Vemos el movimiento simétrico, pero también asimétrico, de la contra-identificación terapéutica: el terapeuta se ubica en la misma figuración, da su disponibilidad psíquica para extraer los afectos irrepresentables, se ubica en el lugar del paciente para transformarlo. El dualismo diádico conlleva una fuerte resonancia emocional en el terapeuta en el aquí y ahora, pero a diferencia de la locura a dos, la identificación parcial oscila entre simetría y asimetría.

EL SUJETO TRANSICIONAL

“Son sobre todo los rostros de mis pacientes los que me han dicho muchas cosas”.

La imagen contiene una función estructurante muy importante para Benedetti: en lugar de esconder el pensamiento, ella puede al contrario

⁹ Gaetano Benedetti, *Paziente e terapeuta nell'esperienza psicotica*, Bollati e Boringhieri, Torino, 1991, p. 187.

ponerla en evidencia, volverla presente, tejer un transativismo lleno de imágenes entre los psiquismos del paciente y del terapeuta. Cuando uno está al límite de lo pensable la imagen puede tomar una función transicional contenedora para la sensorialidad y la fantasmaticación; las emociones peligrosas para el paciente pueden entonces figurarse al propio interior de la dualidad sujeto-objeto.

Es el “sujeto” el que falta al paciente psicótico: éste no se percibe sino en parte y algunas veces solamente en los puntos del tejido del delirio. Los verdaderos símbolos han desaparecido; el sujeto esquizofrénico se refleja en cada fragmento del mundo, en una hipertrofia simbolizante donde la polisemia ha desaparecido; el signo permanece concreto. Es en la dualidad que el signo puede adquirir una potencialidad protosimbólica.

Para comprender mejor esta noción, vamos a seguir el “descubrimiento” del sujeto transicional en las propias palabras de Benedetti. “Esta paciente al principio tenía una alucinación de la muerte, pero no podía distinguirla de su propio Sí mismo, porque ella no estaba aún en condiciones de crear símbolos. Esta alucinación de la muerte significaba para ella, que ella misma estaba muerta [...] Dado que en el curso de la psicoterapia, se creó una zona intermedia entre la paciente y yo, donde yo tenía ciertas vivencias de muerte. Yo tenía ciertas vivencias de muerte, pero tenía también, al mismo tiempo, vivencias de vida que transformaban a esta paciente. Entonces ella pudo representar la muerte como un esqueleto que la llevaba en sus brazos y este esqueleto era yo. Yo era entonces un símbolo de la muerte, pero también un símbolo de la vida. Ella también era este esqueleto que la llevaba en sus brazos: esta imagen era el sujeto transicional”.

El *sujeto transicional* emerge como fantasmaticación, sueño y voz. Benedetti busca la vía progrediente figurativa que tiene lugar en el sueño, pero también en los escenarios del delirio y la alucinación: hacer texto en imágenes, privilegiados por el *transativismo intersubjetivo*,

que no le pertenece ni al terapeuta ni al paciente. Es en este espacio potencial, que interrogaré el nudo del sujeto transicional¹⁰.

a) El paciente no es aun capaz de insight, pero:

“las figuraciones visuales actúan como si las estructuras defensivas estuvieran rodeadas gracias al acceso directo a la imagen [...] Sin la confrontación directa con la imagen conceptual [...] Solamente en la dualidad, en el lazo, nace algo que se diferencia [...] por el hecho de adquirir un carácter simbólico, para el paciente igualmente”.

b) Las interpretaciones son comunicaciones entregadas al paciente desde la resonancia de sus protosímbolos sobre el terapeuta. La presencia de otro en el tejido mismo de la experiencia psicótica es necesaria, con el fin de que la dualización terapéutica pueda crear símbolos del paciente para el terapeuta.

c) El transativismo intersubjetivo está caracterizado por la composición gestáltica, por la especularidad. “El tejido sensorial de la imagen conlleva un “telar” (César y Sara Botella), entre el lenguaje primario de la alucinación psicótica y el lenguaje secundario de la introspección terapéutica vicaria: la utilización del signo como expresión “en sí” pone a disposición una fuerza muy próxima del proceso alucinatorio, fuerza que induce a imágenes que tienen una alta potencialidad transformativa.

d) El sueño es un vehículo privilegiado de la dualización, sueño que puede ser simétrico al del paciente, pero también asimétrico y diferenciado. El sueño es importante “en sí”, o en la dualidad que podemos descubrir ahí. Las imágenes oníricas deben su fuerza a la “posibilidad” de restitución que proviene de la vivencia del terapeuta

¹⁰ Patrick Faugères, *Encuentro con Gaetano Benedetti. La experiencia de la psicosis*, Érès, 2003.

y que no preexiste en la estructura del sueño: el trabajo del sueño se realiza entonces no tanto de lo manifiesto a lo latente, sino de lo manifiesto a lo posible. La potencialidad perceptiva del sueño, el “ver, percibir, antes del lenguaje” no se verifica en el sueño contado... en los sueños gemelares, “el terapeuta {es} el mismo el paciente”¹¹. En la relación de simetría o asimetría inconscientes el terapeuta sueña “para” el paciente; los sueños terapéuticos algunas veces señalan respuestas imprevistas cuando todo parece sin salida. El paciente también puede experimentar aspectos creativos, porque el terapeuta “agrega algo más a la imagen {...} que modifica la auto identidad del enfermo”¹².

EL TRABAJO INTERSUBJETIVO...

En efecto, es la terapia de la psicosis que históricamente ha planteado el problema de un inconsciente no reducido a la dimensión individual, sino que considerado en las difracciones, los desplazamientos y las condensaciones del proceso primario; ya no en un solipsismo intrapsíquico (P. Ricoeur), sino en varios lugares. Encontramos varias consonancias entre el sujeto transicional y la definición del “trabajo psíquico de lo intersubjetivo,” consonancias que René Kaës postula en el análisis de grupo como “estrategia del lazo que hace que cada sujeto esté representado y que él se haga representar en las relaciones objetales, en las imago, en las fantasmaticaciones inconscientes de un otro o de un conjunto de otros”¹³.

¹¹ Gaetano Benedetti, *La psicoterapia como desafío existencial*, Cortina, Milano, 1997, p.232.

¹² Ibid, p.170.

¹³ René Kaës, *La palabra y el lazo*, Dunod, 1994.

Es interesante confrontar lo que Benedetti nos entrega sobre los sueños terapéuticos con las investigaciones de René Kaës en el análisis de grupo y las de André Ruffiot sobre las familias con sintomatología psicótica. Estos autores reúnen los sueños en un funcionamiento de reciprocidad psíquica, con la misma importancia con que Benedetti considera la función de estos sueños en la inscripción psíquica de lo irrepresentable. “Podemos ver emerger los trazos del sufrimiento originario en el psiquismo familiar, fusionado en la regresión asociativa del grupo familiar. No es en la narración que se forman estas representaciones que van a colmar el vacío psicótico, sino es en los sueños en que vemos trazos representativos”¹⁴.

Los sueños constituyen una de las primeras materias de la intersubjetividad, porque en la terapia familiar la respuesta onírica de uno de los miembros de la familia a otro constituye un *holding onírico* donde la psique de unos “se vuelca sin obstáculo en la psique de otros” y en una relación de apoyo recíproco. Tener los pensamientos del sueño es ya una transformación de experiencias traumáticas precoces; en las personas psicóticas y los pacientes graves existen profundas imposibilidades para soñar si una relación intersubjetiva no se constituye.

Activar los lazos significa entrar en una lógica de “no hay uno sin otro,” crear un “espacio onírico común y compartido”. Los puntos clave son las articulaciones posibles entre las configuraciones intrapsíquicas y el lazo intersubjetivo: “portavoz” (porte-parole) en el pensamiento de P. Aulagnier, pero también “portavoz” (en castellano en el texto) en la denominación originaria de Pichon-Rivière que indicaba la dinámica particular por intermedio de la cual un representante del grupo da voz a elementos que de otro modo quedarían mudos.

¹⁴ René Kaës, *La polifonía del sueño. La experiencia onírica común y compartida*, Dunod, 2002.

La formulación incisiva del “trabajo de lo intersubjetivo” pondría entonces el trabajo del inconsciente en el paradigma del lazo, amplificando la noción freudiana de Bindung, de la investidura/desinvestidura pulsional a los lazos constituido por las identificaciones y representaciones mutuas. Ese trabajo ilumina, en las construcciones de la intersubjetividad inconsciente, la transmisión de este orden intersubjetivo que es el fundamento de la caracterización de lo particular y el anillo trágico ausente en las familias de los psicóticos. El mito bíblico de Babel, escribe Kaës, nos recuerda que no podemos crearnos en solitario nuestro lenguaje; “recibimos la lengua, el nombre, el origen”.

Debido al fenómeno crucial de sueños especulares, de la *irrupción figurativa* de imágenes en la terapia de la psicosis, Benedetti parece poner la dualización terapéutica en la línea de lazos intersubjetivos que trascienden a estas individualidades.

...Y EL TRABAJO DE FIGURABILIDAD

Finalmente, podremos trazar nuevamente lo que constituye la reflexión central de la terapia de las psicosis según Gaetano Benedetti: la presencia terapéutica en el centro de la psicopatología progresiva. Para poder comprender mejor este nudo, vamos a retomar la distinción que él propone entre contra-transferencia y contra-identificación terapéutica: el vector contra-transferencial remite a un “otro lugar” y a “alguna vez,” con el fin de develar la parte reprimida. La contra-identificación convoca por otra parte” el “aquí y ahora” y la finalidad identificatoria, con el fin de crear lazos asociativos nuevos entre los psiquismos, pero también entre los códigos psíquicos.

No podemos ignorar ni negar el derrumbe de las primeras interacciones, aquellas que dan fundamento al ser simbólico. El desafío terapéutico consiste en dar “transferencia de existencia” al núcleo de

identidad negativa, por medio de la actualización de la dualidad de un transitivismo intersubjetivo que tiene como vehículo privilegiado el lenguaje, a través de imágenes fantasmáticas y oníricas. La imagen con una fuerza sensorial de una agudeza particular, de una “verdad” transformadora utiliza el código perceptivo sensorial como un pensamiento visual, cruzando el sistema psíquico del terapeuta y del paciente, pensamiento que parece extraer del texto figurativo una forma que pueda admitir la antinomia de contrarios, crear lazo entre adentro y afuera, en una progresión estructurante y no fetichizante.

La disponibilidad psíquica para la dualización del lenguaje del paciente introduce la dinámica de un “ver” antes de un “comprender,” de un trabajo inspirado de la potencialidad transicional de crear zonas estructurantes.

En analogía con los datos clínicos de Benedetti, César y Sara Botella se refieren a “un trabajo de figurabilidad” que es “trabajo en doble”¹⁵: éstas son las nociones de regresión formal y de figurabilidad que comprometen el psiquismo del analista, no por la figuración de estados directamente accesibles, sino por figuraciones de sí-mismo, que tienen valor de integración.

César y Sara Botella hacen la distinción entre sueño-memoria, que conserva “rasgos inolvidables” y reprimidos, y el sueño de una memoria sin recuerdo que esclarece los puntos de acceso de los rasgos irrepresentables que estarían sin ello fuera de alcance.

El psicoanálisis hoy se interroga más sobre el inconsciente no reprimido, “irrepresentable,” que sobre contenidos reprimidos, las fallas, los clivajes. La neurobiología nos da dos sistemas de memoria: explícita e implícita. La memoria implícita está ligada a experiencias

¹⁵ César y Sara Botella, “La figurabilidad”, en *Revue Française de psychanalyse*, nº 4, 2001, p. 1149-1239.

no conscientes y no verbales que permanecen subyacentes a la memoria consciente: esta memoria es más del orden del “cómo” que del “qué”. La historia de los primeros períodos de la vida está archivado en el sistema de memoria implícito, aquel de las primeras interacciones que están reguladas emocionalmente, diádicamente, de forma tácita, sistema que no pertenece solamente al niño. Lo no verbal es un código independiente del código lógico verbal, las memorias implícitas no dan lugar al contenido representable, pero forman un núcleo inconsciente que opera para toda la vida y que presenta un enorme interés para la teoría de los sueños y de la mente. Es pertinente establecer conexiones entre las imágenes fantasmaticas y las “memoria sin recuerdo,” y despertar memorias implícitas en los analistas para traducirlas en transitivismo intersubjetivo que permitiría el pasaje de lo irrepresentable a la figurabilidad.

La experiencia de la psicoterapia de la psicosis, según Gaetano Benedetti, parece entonces inscribirse en el paso de lo inconsciente de un “circuito cerrado” o “circuito abierto” (Jean-Bertrand Pontalis), que no devela solamente un sentido latente sino que despliega potencialidades afectivas y virtuales que no están situadas en un contexto histórico y que están estrictamente ligadas a la subsidiaridad. Ahora en el modo diádico de lo inconsciente funciona una reserva humana crucial, a la que se le confía el potencial transformativo de la no-existencia psicótica, en el inseparable binomio “metus/spes” (miedo/esperanza) que en la psicosis se ha dividido trágicamente.

PIERA AULAGNIER

EL DERECHO AL SECRETO: CONDICIONES PARA PODER PENSAR¹

“Pero, ¿qué le hace decir que su mujer es loca?”. A mi pregunta, que visiblemente le pareció absurda o de mala fe, este caballero que había venido a verme para pedirme consejo en relación a su mujer, me respondió: “mire señora, es evidente, ella dice todo lo que se le pasa por la mente, todos sus pensamientos.”

Diagnóstico “profano” que nos prueba que a ojos de los otros la locura es ante todo la locura de un discurso. Aquello que en un primer abordaje suscita la angustia del espectador es la pérdida en el otro de toda posibilidad de elección y decisión de la puesta en palabras de su pensamiento: espectáculo de una amputación intolerable para el funcionamiento del pensamiento, que recuerda el peligro mortal que todo yo (je) desplaza al momento de su entrada en la escena psíquica. Peligro vivido en un pasado lejano, una experiencia que aparentemente ha sido olvidada, pero de la que, sin embargo, podemos reencontrar trazos en cada hombre; en ese sentimiento de horror que lo oprime, ante la idea de encontrarse desposeído de toda posibilidad de elección sobre su silencio y su palabra. Si el derecho a decirlo todo, como bien lo ha escrito Blanchot, es la forma misma de la libertad humana, la orden de decirlo todo implicaría para el sujeto al cual se le impondría un estado de esclavitud absoluto, transformándolo en robot parlante.

El ingenio de George Orwell no equivocó ahí, en su ficción profética, aquello a lo que nuestro mundo podría devenir, imaginando en la mira más extrema del poder totalitario la creación de una *novlangue* (nuevalengua). Una vez que esta nueva lengua se instituye, “toda idea herética - es decir , toda idea que se aparte de los principios de l`angsoc* - sería literalmente impensable, al menos en la medida que el

¹ En Aulagnier, P. *La Pensée Interdite*. Paris, PUF. 2009. Página 15 - 41.

* En original en texto

pensamiento dependa de palabras. El vocabulario de *novlangue* estaba construido de tal forma que podía entregar una expresión exacta y casi siempre muy matizada de las ideas que un miembro del Partido podía a justo título querer comunicar. Pero él excluye todas las otras ideas, incluso la posibilidad de lograrlas por métodos indirectos”².

Orwell comprendió que uno de los medios que podrían definitivamente hacer del hombre un robot hablante consistiría en volver casi imposible, o al menos *sin objeto y sin placer*, todo pensamiento secreto: sólo bajo esta condición los sujetos podrían plegarse a la orden de un decirlo todo que es aceptado porque tiene como supuesto la substitución de una simple actividad de repetición y memorización automática a lo que era la actividad de pensar y crear de ideas.

Reservarse el derecho y la posibilidad de crear pensamientos, y más simplemente pensar, exige que uno se autorice el derecho de elegir los pensamientos que comunica y aquellos que guarda secretos: ésta es una condición vital para el funcionamiento del Yo [Je]. La necesidad de este derecho es evidente, para todo hombre y para todo analista; pero en lo que concierne al analista, la razón ha relegado, de manera demasiado privilegiada y generalizada, al *contenido* de los pensamientos secretos y a su rol en el trabajo de represión. De un modo más o menos explícito, hemos establecido una equivalencia entre la posibilidad de “pensar secretamente” y la posibilidad de “fantasear conscientemente”: ahora bien, si es verdad que la fantasía erótica, excepto en momentos particulares, hace parte de los pensamientos secretos, no es verdad que todo pensamiento secreto deba ser escuchado e interpretado como el equivalente de una fantasía y de un placer masturbatorio”³.

² George Orwell. “Folio”. Paris, Gallimard. 1984. Página. 422.

³ La fantasía masturbatoria y la fantasmaticización erótica que acompaña el encuentro sexual representan, en el registro de lo decible, por y para el Yo [Je], aquello que está más cerca de las construcciones fantasmáticas inconscientes. Son las únicas que nos permiten, junto con el sueño, y a veces de modo más

Está claro que más allá de darse el derecho de *pensar* representaciones fantasmáticas, el Yo [Je] se vería obligado a gastar la mayor parte de su energía en reprimir fuera de su espacio estos mismos pensamientos y, más grave aún, prohibirse el acceso al conjunto de temas y de términos relacionados, con el consecuente empobrecimiento peligroso de su propio capital ideico: conocemos el silencio que por un proceso de contaminación puede instalarse en una sesión si el sujeto ha decidido no pensar tal idea o acontecimiento del que no quiere hablarnos, aunque sea sin saberlo. Digamos además que ésta es la única razón que nos autoriza a recordarle al sujeto que la experiencia analítica presupone el respeto de un pacto en que él se ha comprometido: hacer lo posible para poner en palabras la totalidad de sus pensamientos. Sin embargo, es importante saber respetar el espacio que separa el recuerdo de este pacto de una actitud que desposee al sujeto de *todo derecho* a un pensamiento autónomo y hace del discurso del analista la novalengua impuesta a todos los que hayan venido – ironía del destino – a pedirle ser ayudados a reconquistar y preservar este derecho.

directo, comprender como el sujeto figuró en su momento su escena primitiva, es decir escenificar por intermedio de la que él se dio respuesta a la pregunta sobre los orígenes: origen de sí mismo, origen del placer, origen del deseo, origen del sufrimiento.

Fantasías en las que encontramos “amalgamados lo que ha tomado prestado el director de escena” a sus experiencias erógenas y a algunos elementos universales del funcionamiento psíquico, y a su interpretación de aventuras singulares de su historia. La fantasmaticización erótica merece una atención especial de nuestra parte: es la única que nos muestra en vivo el anclaje corporal de la actividad de pensar, ella preserva la relación entre el placer erógeno, inscrito en el cuerpo, y el placer de pensar este cuerpo y sus experiencias, que estuvieron presentes en una primera etapa de la actividad psíquica, y de la que normalmente no encontramos sino vestigios salvo en momentos particulares. Dejarse llevar a soñar lo que uno haría si se ganara un gran premio y permitirse fantasear, llevándose a su antojo a uno u otro pasaje de Sade, no son actividades psíquicas equivalentes en el plano analítico incluso aunque parecen apelar a una misma actividad imaginativa y dan prueba de ausencia de defensas rígidas. Acordémonos aunque esto sea obvio que cuando hablamos de fantasía consciente, entendemos una construcción ideica a la que el propio Yo [Je] da el estatus de fantasía.

Si es verdad que en el registro del Yo [Je] la posibilidad de fantasear presupone la de guardar en secreto sus pensamientos, la pérdida del derecho al secreto conllevaría, al lado de un “en demasiado” por reprimir, un “en menos” por pensar: dos eventualidades que corren el riesgo de transformar toda la actividad de pensar como imposible y con esto la existencia misma del Yo [Je].

“Poder pensar secretamente en una nube rosa”: en una primera fase de funcionamiento del Yo [Je], y a lo largo de algunos momentos de su actividad, lo esencial de este enunciado recae sobre el adverbio y no sobre el complemento de objeto. Si no sabemos esto, uno podría afirmarle al sujeto que “la nube” está ahí por el pecho, la “rosa” por la corbata del analista, y “lo secretamente” para expresar su resistencia o las tendencias autísticas de su pensamiento.

El brillo interpretativo del contenido manifiesto viene a enmascarar la total ignorancia de lo que se juega en el fondo: este tipo de interpretación, si es aplicada sin discernimiento y de manera generalizada, no hace sino, en un cierto número de casos, repetir una misma violencia abusiva ya impuesta al sujeto, y prueba que no hemos entendido nada sobre lo que esta persona anhela poder reencontrar en la situación analítica. Esta sordera encuentra circunstancias atenuantes cuando el analista se aísla en el registro de la pura neurosis⁴: es verdad que, en estos casos, es el contenido del enunciado el que tiene a menudo valor de mensaje, la “nube rosa” será la interpretada. Pero esta opción no se justifica sino porque, lo más frecuente, sería que la neurosis permitiría al sujeto preservarse el derecho a guardar sus pensamientos secretos, derecho que él ni siquiera piensa discutir, porque para él esto tiene forma “natural”, de la garantía *a priori* de un “bien” que no está cuestionado y que no está en peligro nunca.

⁴ Pero incluso no hay que olvidarse que esta “pureza” se hace raramente.

Es sólo en la continuación de la experiencia y en momentos particulares de ésta, y nunca de manera continua, porque si no se trasformaría en algo insostenible, que se realizará que la singularidad de la experiencia y de la relación analítica no se jueguen tanto, como él lo creía, en el hecho de deber expresar pensamientos y afectos que nos conciernen, y de no recibir ninguna respuesta, sino más bien en este extraño mandato “interiorizado” que lo “obliga” a hablar como si estuviera desposeído de todo derecho de elección sobre lo dicho y no dicho. Sentimiento transitorio que sólo aparece en ciertos giros particulares del recorrido analítico, pero del cual no hay que subestimar sus alcances y riesgos. En efecto, la presencia y el temor de tal prueba son responsables de los excesos de *pasión* - amor u odio - que pueden de repente hacer irrupción en la relación analítica. Momentos de excesos inevitables, que pueden, si conseguimos superarlos, facilitar la continuación del recorrido, pero también puede ocurrir a la inversa: congelar a los implicados en un *statu quo* mortífero. Desposesión que representa la forma última de la dependencia; correr este riesgo sólo resulta soportable para el sujeto en análisis porque él logra racionalizar su consecuencia haciendo un llamado al engaño transferencial, que hace de nosotros el depositario omnipotente de un “secreto del secreto”. Nosotros nos convertimos en el supuesto único que sabe por qué *razón secreta* a él le ocurre que piense en tales pensamientos: todo lo que ha sido descrito y analizado sobre los términos de “dependencia,” de “regresión,” de “frustración,” de “no reciprocidad” en la situación analítica, encuentra primeramente su causa en aquello que presentamos equivocadamente como una simple condición técnica, olvidándonos que la “ley” de la asociación llamada “libre” comprometería de ilegal, de inasumible y de escandaloso en cualquier otra situación. Si esta condición es efectivamente necesaria, y es el caso, nuestra primera tarea sería jamás olvidarnos que ella representa para nuestro trabajo un aliado indispensable, pero es un aliado que está siempre listo para darse “vuelta la chaqueta” y cambiar de lugar: que el sujeto, fascinado por el silencio de su propia capacidad de pensar, se deja a no hacer más que reflejar lo que ya ha sido pensado por el analista, que se contente con repetir *nuestras* puestas en forma de su mundo psíquico, y con ya no hablar más que la

new speak, predicado por los distintos “Partidos” analíticos y nosotros habremos transformado, *queramos o no*, una experiencia que se quería desalienante en su contrario.

Porque el neurótico logra la mayor parte de las veces no encerrarse, y no caer en esa trampa, pero también porque logra ocultarse y ocultarnos, que hemos caído ahí de hecho total y definitivamente. Eso sí el analista, que no se las ve con la psicosis, puede tal como su compañero, creer en la “naturalidad” y la “omnipresencia de la posibilidad de pensar secretamente”. Lejos de escamotear el problema, esta pretendida “naturalidad” debería habernos hecho preguntar a qué necesidad vital responde, lo que nos habría permitido ver lo que está ahí: es su pérdida que está en el fundamento de la psicosis, es contra sus consecuencias que intenta luchar el delirio.

Habría que dar prueba de una extraña sordera para comparar el discurso esquizofrénico con un discurso que sería “regresivo” de un estado de libertad absoluto, que habría rehusado todo obstáculo semántico. ¿No sería el exceso de libertad que explicaría la importante frecuencia de este conjunto de trastornos que se imponen al sujeto, bajo la forma de robo de su pensamiento, de la compulsión a no pensar sino ideas que son fuente de sufrimiento, del vacío de su pensamiento o la intolerable transparencia de la mirada de los otros? Hay que hacerse una extraña idea de la libertad y de lo que pensamiento y lenguaje quieren decir. Aquí, nuevamente, la psicosis nos ofrece un aumento macroscópico de un tipo de fenómeno psíquico que no encontramos fuera de su campo, sino bajo formas muy discretas o muchísimo más parciales.

Si nuestro trabajo ha podido aportar algo nuevo a la actividad de pensar, es justamente por el hecho que hemos incorporado lo que nos enseña la psicosis y podemos esperar comprender las condiciones y los supuestos que han permitido escapar ahí al pensamiento y al discurso de otros. Mientras uno se atrincherara fuera del campo de la psicosis, las condiciones necesarias para un funcionamiento no psicótico de la actividad de pensamiento y por lo tanto del Yo [Je]

corre el riesgo de quedarse en las sombras. Hay que saber escuchar a aquellos para los cuales estas condiciones jamás han hecho parte de un derecho adquirido y aún menos “natural,” para mostrar la fragilidad de fundaciones y fundamentos de nuestra razón, la lucha que han representado para todo Yo [Je] la apropiación y la preservación de este derecho.

En la medida que el analista interroga la función de pensar secretamente sólo en el registro de la neurosis, sólo podrá percibir su resultado más aparente y más esencial: permitirle al sujeto fantasear sin tener que caer en el sueño o tener que pagarlo con un compromiso sintomático. Le escapará también otra condición que hace que esta función sea posible: es imperativo que el pensamiento secreto haya sido una actividad autorizada y fuente de placer para que ésta se implante sobre la experiencia de fantasmaticización diurna y no a la inversa.

La posibilidad del secreto forma parte de las condiciones que permitirán al sujeto, en un segundo tiempo, darle el estatuto de fantasía a ciertas construcciones ideicas que él diferencia, por este hecho, del conjunto de sus pensamientos: la meta y el placer que él espera serán también diferenciados, el pensamiento actuado y el pensamiento que encuentra en sí mismo su propia razón de ser, podrán ser separados.

La psicosis nos muestra lo que significa para el Yo [Je] no poder discernir el estatuto de fantasma a un pensamiento, de no poder separar lo que es y no es fantasía: las razones de esta imposibilidad no son ciertamente reducibles a la pérdida del derecho de guardar pensamientos secretos⁵, pensamos que la definición del término “fantasear” (o todo equivalente profano) conlleva, como una de sus cualidades inherentes a esta entidad psíquica la posibilidad de

⁵ Este derecho no tiene nada que ver con lo que se llama reticencia, ausencia de comunicación y aún menos con la orden de guardar silencio que se encuentra en ciertas formas de delirio.

permanecer secreta. De manera más general, diríamos que debe poder preservarse un placer de pensar que no tiene otra razón que el puro placer de crear este pensamiento: su comunicación eventual y el aumento de placer que pueda resultar de él, deben permanecer facultativos.

Al lado del deseo y el placer ligados a la comunicación de sus propios pensamientos, junto al placer solitario resultante de la fantasía erótica, debe estar preservado un placer ligado a la presencia de pensamientos secretos que, a la vez, no acompañen ni apuntalen el placer de una zona erógena, ni el placer orgásmico. Si es verdad que poder comunicar sus pensamientos, desear hacerlo y esperar una respuesta son parte integral y condición vitales del funcionamiento psíquico, también es verdad que debe coexistir para el sujeto, paralelamente, la posibilidad de crear pensamientos que tengan como única meta aportarle al Yo [Je], que los piensa, la prueba de la autonomía del espacio que él habita y de la autonomía de una función pensante que sólo él podrá asegurar: de ahí el placer que el Yo [Je] experimenta *en* pensarlos.

Pero para entender el rol y la necesidad de esta actividad eclipsada, incluso puntualmente, hay que remitirse al drama que se juega en el lejano momento en que el Yo [Je] tuvo que apropiarse de los primeros rudimentos del lenguaje. Lo que en el adulto hace figuras de entretenimiento, de reliquias del juego infantil, se aclara ahora desde otra luz y devela la razón secreta y olvidada de su función. En el registro del Yo [Je], concebido por nosotros como el agente de la actividad de pensamiento y como la instancia constituida por los pensamientos que la piensan y la “hablan” y a través de las cuales ella se piensa y se “pone en sentido,” debe ser posible una prima de placer muy particular que no tiene otra causa ni otra perspectiva que la de probarle al Yo [Je] la permanencia de un derecho de goce inalienable concerniente a sus propios pensamientos.

Este derecho a gozar de su actividad de pensamiento antes de tomar el aspecto de lo “natural,” de lo “garantizado” que permite - como lo decíamos más arriba - que su presencia no cuestione y que olvidemos

que él ha sido la cuestión esencial del Yo [Je], él ha sido lo que se pone en juego en una lucha donde la victoria no estaba para nada asegurada.

En un libro, que se encuentra cercano a ésta reflexión, hemos analizado largamente la organización del “lugar psíquico” en el cual el Yo [Je] puede advenir y las condiciones responsables de su llamado al delirio⁶. No podemos sino rogarle a los lectores que se remitan al libro. La reflexiones que siguen en relación con el rol que ha jugado en su tiempo el “pensar secretamente” no hacen sino dibujar el marco al interior del cual prosigue nuestro trabajo sobre el análisis del Yo [Je] y la actividad de pensar.

Extraídas de una investigación en curso, esas reflexiones no pretenden llegar a ninguna conclusión apresurada, pero esperan facilitar al lector y a nosotros mismos la continuación del recorrido. Agreguemos que tenemos el sentimiento optimista de que en este último decenio, y por parte de diferentes autores, ha tenido lugar un viraje, discreto, pero no menos eficaz, en la investigación analítica: la actividad de pensar, ¿qué quiere decir pensar?, ¿bajo qué condiciones es posible y pensable tal actividad?, son dos preguntas que comienzan a ocupar el primer lugar de la escena. Sin ninguna duda queda un largo camino por recorrer, pero nos parece que hay buenos augurios en nuestra disciplina al contrastar que lejos del ruido de nuevas modas o de cuestiones dogmáticas, comenzamos a despejar una vía por intermedio de la cual, efectivamente, sólo podía conducirnos la obra de Freud, pero que él mismo no había recorrido aún.

Paralelamente al interés cada vez más acentuado que suscitan los casos llamados límites, algunas constataciones clínicas y sus repeticiones insistentes han comenzado a constituir problemas.

⁶ *La Violencia de la Interpretación. Del pictograma al enunciado.* París, PUF. 1975.

Entre éstas, hay una que nos parece juega un rol determinante en esta nueva vía de aproximación al funcionamiento psíquico y de sus enigmas. Esta constatación ha impuesto a los más advertidos, o a los más lúcidos, una revisión difícil a todas luces, lo que justamente eran hasta ahora los criterios de lo analizable. ¿Es porque el tiempo pasa o porque nos volvemos más exigentes o más clarividentes? ¿No es acaso porque la demanda de análisis se ha extendido? ¿Es función del inevitable desgaste que una parte de los conceptos freudianos ha sufrido con su vulgarización?, ¿o debido a causas cuyo rol no aparecerá sino más tarde? Es imposible responder hoy, pero está claro que se impone a todo análisis: aunque estuviéramos confrontados a la más pura forma de neurosis, que el sujeto respondiese, en el plano sintomático, a los mejores criterios asumidos de lo analizable, esto no sería suficiente para garantizar que la experiencia pueda llevarlo más allá de una sedación de los síntomas, es decir hasta el punto justo que solamente podría representar la meta del proyecto analítico. La posible realización de este proyecto muestra que depende de un factor que ya no está ligado a la nosología, por psicoanalítica que ella se pretenda, sino que es en función de “algo otro” de lo cual la mayor parte de los analistas han terminado por tener la intuición, pero cuya conceptualización permanece difícil a pesar de todos los aportes que le debemos en este campo de trabajos recientes⁷. Personalmente, y sabiendo que no es ésta sino una primera etapa, pensamos que el análisis de este “factor,” no olvidemos, depende no solamente el posible éxito en nuestro trabajo de analistas sino, *ante todo una comprensión, que ya no se paga con palabras, de las fuerzas psíquicas puestas en obra en los dos “partenaires” en el juego que ellos aceptan jugar*, debe valorizar el análisis de la función del placer - y por lo tanto del displacer - en sus creaciones particulares que llamamos “pensamientos”. Para el analizado y para el analista, el *trabajo* psíquico que exige el buen desarrollo y el éxito de la experiencia no es sostenible sin que *los dos*

⁷ Pensamos particularmente en los trabajos de Winnicott, de Bion y, más cercano a nosotros, de Green.

puedan encontrar placer - lo que no significa decir, en contrapartida, que su opuesto esté ausente - en esta creación de pensamientos que llamamos análisis.

El término “creación” debe ser aquí entendido en diferentes niveles:

- creación para el analizado de una nueva versión de su historia singular, versión que nunca ha existido tal cual antes del análisis, en ningún rincón de su represión, y que no habría jamás existido bajo esta forma sin el análisis;
- creación para el analista que, a partir de su propias adquisiciones teóricas y de su saber⁸, que concierne a lo psíquico y su funcionamiento, se descubre construyendo con el otro *lo nuevo, lo inesperado*;
- creación para los dos miembros de la relación de una *historia concierne a su relación recíproca* - lo que podemos llamar la historia de la transferencia - que les devela una de las posibilidades que en este registro ellos portan;
- creación, en fin, de un objeto psíquico que no es otra cosa que esta historia pensada y hablada que se crea sesión tras sesión. Actividad creativa que toma en uno y le confirma al otro que toda palabra exige la presencia de una voz y de una escucha, y que es necesario poder aceptar esta parte de dependencia recíproca propia de toda relación humana. A lo que se agrega otra cosa a tener en cuenta: nada puede ser creado sin que sea investida la suma de trabajo que eso exige; hay que reconocer que es propio de toda creación encontrar un “destino” que el autor no podrá jamás decidir *a priori*.

⁸ El decir “no saber” del analista nos parece un eslogan que ha perdido su encanto. Si no es el caso, esperaríamos contribuir a la desmitificación de una palabra que daría más bien testimonio de una gran ingenuidad, o de una gran deshonestidad.

Esta especie de prueba, que se relaciona con la asunción de la castración, pareciera algunas veces inaceptable para el analista: transformar el análisis en una relación interminable y al analizado en un adepto fiel, del cual conoceremos de antemano sus pensamientos futuros, puesto que ellos no harán más que repetir lo que le hemos inducido a pensar. Estas son dos formas de esquivarlo.

Este conjunto de observaciones sobre la especificidad del trabajo de pensar en la situación analítica, puede parecer fuera de nuestros propósitos. De hecho, ellas tocan muy de cerca nuestras preguntas sobre el pensamiento, el placer y la necesidad del secreto en tanto autoconfirmación que se da el sujeto sobre el derecho del goce del Yo [Je] sobre su propia actividad de pensar.

Ellas nos permiten también discernir mejor la paradoja ya señalada: si pensar secretamente es una necesidad para el funcionamiento psíquico del Yo [Je] y si “decirlo todo” es una exigencia del trabajo analítico, ¿cómo podemos conciliar estas dos condiciones contradictorias?

LA NECESIDAD Y LA FUNCIÓN DEL DERECHO AL SECRETO

Freud, examinando las teorías sexuales infantiles, mostró el rol determinante que juega para el pensamiento del niño el descubrimiento de la mentira presente en la respuesta parental a su pregunta sobre el origen.

En nuestra opinión, el descubrimiento de esta mentira conduce al niño a un segundo descubrimiento fundamental para su estructuración: la posibilidad de poder él mismo mentir, es decir, de poder ocultar al Otro y a los otros una parte de sus pensamientos, poder pensar lo que el Otro no sabe que pensamos y lo que él no querría que nosotros pensemos.

Decir una mentira es enunciar un pensamiento que uno sabe es la negación de otro pensamiento que se guarda secreto. Descubrirse capaz de mentir y descubrir que el Otro puede creer el enunciado mentiroso conlleva el primer impacto y también el más decisivo, sobre la creencia de la omnipotencia parental. Hemos demostrado en otra parte que el descubrimiento de que el discurso puede decir lo verdadero o lo falso es tan esencial para el niño como el descubrimiento de la diferencia de los sexos, de la mortalidad o de los límites del poder del deseo⁹. Es este descubrimiento el que lo obliga a hacer suya la prueba de la duda, que le impone reconocer que la palabra más amada, más valorizada, incluso aquella recibida con el mayor placer, puede relevarse mentirosa, reconocimiento que lo deja para siempre herido frente a un lenguaje del cual él ha aprendido por otro lado que es el único, una vez abandonada la ilusión de la fusión de los espacios corporales, que puede asegurarle que “separación” no quiere decir “aislamiento” y que, al menos en el registro de la voz y de la escucha, una alianza es posible, una reunión puede lograrse. A la certeza, que era el atributo de las construcciones de lo originario y lo primario, se sustituye en el registro del Yo [Je] la imposibilidad de esquivar la prueba de la duda. Ahora bien, si el lenguaje, el poder de crear pensamientos, el deseo y la necesidad de comunicar permanecen no solamente investidos sino que van a tomar lugar entre los “bienes” que el Yo [Je] privilegiará cada vez más, es en contrapartida a este conjunto de pruebas que el Yo [Je], desde la adquisición del lenguaje y las primeras construcciones ideicas¹⁰, *descubre* los límites que en este registro él puede oponer a la fuerza de efracción del deseo materno. En una fase en que su vida está aún dependiente de los cuidados del exterior y en primer lugar de la madre, en una fase en que el mundo que lo rodea comienza

⁹ Cf. *La Violencia de la Interpretación*.

¹⁰ Cf. capítulo IV de nuestro libro. Recordemos que la aceptación por parte del sujeto de la ley del discurso deja lugar, al menos, para cierta parte de autonomía y de libertad.

a enviarle la imagen de su dependencia afectiva, la prueba de lo insignificante de su poder y de todos los límites que rodearan por todas partes su deseo, el niño sin embargo, toma conciencia de que está en su poder el crear “objetos” – pensamientos – que él puede ser el único en conocerlos y sobre los cuales logra negarle al Otro todo derecho de intrusión.

El investimento y el emplazamiento de una imagen unificada y singular del propio cuerpo tienen como presupuesto el reconocimiento de la autonomía y de la unidad del “lugar” y de la “función” psíquica en las que, y gracias a la cuales, pueden pensarse la unificación y la autonomía tanto del cuerpo como del Yo [Je]. Del cuerpo, el Yo [Je] no conoce en realidad sino la representación que él se forja gracias a los pensamientos por los cuales él *lo* piensa y *se* piensa, ilusoriamente, como único habitante de este espacio: es por eso que no puede existir una imagen unificada del cuerpo, ni una imagen que lo represente como un espacio separado y diferente del cuerpo del otro, ni como hábitat autónomo, lo que estos cuatro atributos (unificación, separación, autonomía, diferencia) son reconocidos como partes integrantes de la instancia psíquica que forja lo que llamaremos *el cuerpo pensado*.

Quizás sea útil recordar que lo que llamamos autonomía o libertad de pensamiento, representa de hecho para el Yo [Je] la condición por sí sola que puede motivar y justificar la investidura narcisista del trabajo de puesta en sentido que le incumbe, como producciones que resultan de ahí. Es en tanto creación que nos debemos a nosotros mismos que el pensamiento es primero investido; que se trate de un pensamiento original o de un pensamiento sobre el pensamiento de otro, no cambia nada. Obligar a un sujeto a no pensar más que pensamientos *impuestos*, aunque fueran ellos los más idílicos o los más graciosos, volvería *imposible* todo placer para la instancia pensante (el Yo [Je]); o entonces, si hay placer hay que hacer intervenir el placer que puede acompañar el asesinato silencioso de su propia actividad de pensar.

A lo que se suma otro factor: en la relación madre-niño, es en el registro del pensamiento que se libra una lucha decisiva referida a la aceptación o al rechazo, por parte de la madre, de reconocer la diferencia, la singularidad, la autonomía de ese nuevo ser que ha formado parte de su propio cuerpo, que ha estado totalmente dependiente de ella para su sobrevivencia.

Voy a dejar aquí de lado las formas bajo las cuales puede manifestarse su rechazo¹¹ y las consecuencias de éste, para no considerar sino los casos favorables donde ella es capaz de reconocer el derecho del niño a no repetir ningún “pasado” perdido, y a plantear como posible origen de una nueva aventura, de un destino desconocido e imprevisible.

Si este es el caso, ella podrá aceptar entonces no saber siempre lo que él piensa, permitirle el juego y el placer solitario de un pensamiento fascinado por el poder que descubre y por las creaciones que le resultan de este hecho. Pero todavía es necesario que los dados no estén cargados: este ofrecimiento de libertad no debe venir en realidad a probarle a la madre y sugerirle maliciosamente al niño que no hay ningún riesgo en darlo, sea porque de todas maneras vamos a adivinar lo que piensa “verdaderamente”, sea porque sus pensamientos no son sino irrisorios y nuevos cascabeles que han reemplazado a los antiguos. El derecho a guardar pensamientos secretos debe ser *una conquista del Yo [Je]*, resultado de una victoria obtenida en una lucha que opone al deseo de autonomía del niño la inevitable *contradicción* del deseo materno hacia él. Contradicción que paso a paso favorece su alejamiento, la independencia que demanda el niño e intentar retardar el momento... *Es propio del Yo [Je] no poder nunca simplemente esperar que lo hagamos ser sino tener que devenir en una situación en la cual el conflicto no está nunca totalmente excluido*. Que se trate de la relación con otro o con los otros, o con esta parte de su propia psique que escapará siempre de su jurisdicción, el estado de paz es siempre un estado transitorio.

¹¹ Lo hemos largamente analizado en nuestro libro sobre la psicosis.

Tener que pensar, tener que dudar del pensamiento, tener que verificarlo: exigencias que el Yo [Je] no puede esquivar, son el precio que paga por su derecho a vivir en el campo social y su participación en la aventura cultural. Pero todavía es necesario que no le prohibamos encontrar momentos en que pueda gozar de un puro placer ligado a la presencia de pensamientos que no tienen otro objetivo que de reflexionar sobre él mismo, que no necesita la duda y la verificación porque ella no se dirige a ningún destinatario exterior, de un pensamiento que no tiene otro objeto que la de garantizarle al sujeto la existencia de una prima de placer ligada a la actividad de pensar en sí¹². El Yo [Je] rápidamente ha aprendido que pensar es un “trabajo” necesario, pero un trabajo que comporta ciertamente algunas exigencias, fuente de displacer, un trabajo que le deja poco respiro y, el hecho más grave, del cual él raramente puede predecir las consecuencias.

Una de las condiciones - *no la única*, claramente - para que la investidura de esta actividad se mantenga es que el Yo [Je] pueda preservar el derecho de gozar de momentos de placer “solitario” que no caigan bajo el impacto de la prohibición, del error o de la culpabilidad. A la dureza de *Anaké* que impone al Yo [Je] aceptar la ley del discurso que permite tener sentido en un sistema cultural y en un sistema de parentalidad, que le revela que el mundo no es modificable sino a muy largo plazo y de manera muy parcial, que le demuestra que su mundo psíquico es también resistente y oscuro; el Yo [Je] deberá poder oponer, como lo hizo en su tiempo al poder materno, la inalienabilidad de su derecho de goce sobre algunos de sus pensamientos, su derecho a pensar *secretamente*, y el derecho a sentir placer.

“Pensar secretamente en una nube rosa”: aquí incluso el análisis nos revela que aquello que parecía un acto psíquico gratuito, irrisorio, una reliquia infantil, incluso a veces vergonzosa, fue y permanece para la actividad psíquica del yo [je] un acto de libertad duramente

¹² Volveremos sobre la diferencia radical que separa este placer autónomo de lo que llamamos un pensamiento o un placer autístico.

adquirido y que permanece para el funcionamiento de esta instancia tan esencial como el sueño para la actividad psíquica.

LA PARADOJA O EL APRENDIZAJE DE LA ALIENACIÓN

Un análisis profundo de lo que llamamos la paradoja inherente a la situación analítica exigiría que explicitáramos nuestra concepción de la actividad de pensar en la psicosis y que analicemos por lo demás la relación presente entre placer y pensamiento en el registro de la sublimación. Esto nos llevaría muy lejos: contentémonos con señalar que este proceso no puede definirse simplemente como una vía ofrecida a la elaboración de un material fantasmático, que escapa por ese hecho a la represión: esta elaboración y el placer que resulta juegan un rol pero no son los únicos implicados. Lo que no nos impide afirmar que no existe en y para la actividad psíquica actos gratuitos, es decir actos que no estén orientados a una prima de placer, erógena, sexual o narcisista. El análisis nos prueba que, paralelamente al placer erógeno o sexual y al placer narcisista tal como puede sentirse en la relación de prestigio, de dominio, de rivalidad presente entre los sujetos, existe una forma de actividad psíquica que se acompaña de una prima de placer narcisista muy particular: una prima esencial para el Yo [Je] si consideramos las consecuencias de su ausencia. Este placer dependerá del modo de investidura presente entre el agente pensante y los pensamientos. Este placer - que es de la misma naturaleza que el que puede acompañar los pensamientos secretos - debe ser diferenciado, como éste, de lo que definimos como “autísticos”. Dos características lo separan de este último:

- por un parte, su aspecto transitorio y sobre todo no contradictorio ni conflictual con una exigencia de significación compartida, por lo tanto de comunicación que no solamente persiste, sino que está

favorizado por estos momentos de tregua, de sueño, de creación¹³. No hay ninguna similitud entre lo que puede representar para todo sujeto el momento del paseo solitario que puede concederse antes de reencontrar la vía común y lo que representa para el prisionero, que solo tiene esta posibilidad para probarse que él puede aún mover su cuerpo, recorrer indefinidamente el espacio siempre invariable y desértico de su celda;

- por otra parte, el placer solitario muestra que comporta una suerte de olvido del “creante” en beneficio de lo “creado,” un don libidinal ofrecido a “*His Majesty the thought*”*. Sería falso hacer una analogía fiel entre creación de pensamiento y creación de un niño, entre el don narcisista del autor en beneficio de la obra y el don parental en beneficio del niño, pero la presencia de puntos comunes es considerable.

Habiendo recordado esto, queda para nosotros que, fuera del campo de la patología, no puede haber actividad de pensamiento sin que de él exista retorno del placer recibido o esperado, y que este placer no es posible por “naturaleza,” a menos que el pensamiento pueda dar la prueba de que él no es la simple repetición de un ya pensado-desde-siempre. Se entiende que la situación analítica, si el analista no considera ahí la parte de sugestión de la cual la transferencia no hace excepción - lo que Freud escribía con todas sus letras - puede caer en imponer al sujeto una ecuación preestablecida, preconocida, “predigerida” de su propio mundo psíquico. Poco importa entonces el modelo que uno privilegie: el del buen ciudadano o del subversivo advertido; los estragos serán igualmente graves.

Todo *new speak** impone que no hagamos más que repetir fielmente un ya-dicho, un ya-escrito, un ya-pensado; en este nuevo lenguaje, que no es más que un código rígido, será prohibido y convertido en imposible

¹³ Podríamos decir de recreación - en el sentido estricto y en el sentido que le dan los escolares - de su propio mundo.

* “Su majestad el pensamiento”

* “nuevo hablar”

que algo de lo “nuevo” tome ahí lugar. A pesar del lado voluntariamente sombrío del ejemplo escogido, ¿cómo no reconocer que recuerda por varios lados los resultados de esta suficiencia interpretativa que muestra que todo lo que sujeto podría decir y pensar es entendido como efecto de las ilusiones infantiles, como confirmación de la mentira propia de todo discurso, como montajes, artificios o engaños?

Gracias a lo cual el analista podrá, según su escuela, escuchar o no escuchar, interpretar o callar, seguro de que, no importa lo que diga el sujeto, su única tarea consistirá en demostrarle que todo ese ruido está ahí para ocultar una historia desde siempre conocida: aquella que contaba Sófocles, a menos que, más estrictamente, prefiera sustituir ahí un cuento nihilista.

No puede haber entonces realización del proyecto analítico, ni un trabajo que amerite este calificativo, salvo si los dos *partenaires* son capaces de tomar el riesgo de descubrir pensamientos que podrían cuestionar sus conocimientos más asegurados: esto vale de igual forma para el analizado que para el analista, para lo que el primero creía conocer de sí mismo y para lo que el segundo creía a salvo de toda duda en su propia teoría. Tomar este riesgo no implica que se realizará, sino que uno acepta una apuesta que concierne para ambos la posesión de sus bienes más preciados. Desafío que no es sostenible si uno no siente el deseo de favorecer en sí y en el otro el surgimiento de un pensamiento nuevo. Esto presupone que el sujeto goce de una libertad de pensamiento, que comporta también la libertad de guardar secretos ciertos pensamientos; no por vergüenza, culpabilidad o temor, sino simplemente porque le confirman al sujeto su derecho a esta parte de autonomía psíquica cuya preservación es para él vital. Nos tropezamos en este punto con la paradoja presente en la situación analítica: ¿cómo favorecer el ir invistiendo la libertad de pensar e imponer el cierre de todo decir?.

Desmitifiquemos primero algunas racionalizaciones que no hacen más que negar la existencia de lo paradójico. Ciertamente, en la gran mayoría de los casos el analista no espera ni saca ningún provecho

“personal” de aquello que le es dicho; es verdad que la regla de decirlo todo es una exigencia de nuestra técnica, pero en realidad el sujeto sobre el diván es el único que decide guardar pensamientos secretos o aceptar ponerlos en palabras; también es cierto que el analista no es ni un inquisidor ni un comisario de policía y que, recordada eventualmente, la regla no puede sino esperar lo que el sujeto quiera decirle. Podemos además agregar que no es sino porque el sujeto se lo dice que él se entera que éste guarda en secreto un pensamiento.

Pero estas constataciones no nos deben hacer olvidar otras, que son también evidentes.

La primera es que los analistas, cuando tratan del “secreto,” se refieren normalmente al *contenido* de algunos pensamientos suscitados por la relación transferencial y que el sujeto querría guardar en secreto, en la ilusión de protegerla. Es raro que el analista se interese en la función del secreto *en si*: esto se justifica en parte por lo que pasa en el campo de la neurosis. Sin embargo, no debe olvidar que si “ciertos secretos,” que no son sino *asuntos sin consistencia* creados por la transferencia, la función de pensar secretamente es completamente otra cosa.

La segunda constatación concierne al “provecho” del analista: si por “provecho” entendemos simplemente el don de dinero o el placer sexual nuestra deontología en este registro es generalmente respetada, pero la singularidad de la situación analítica induce y permite que otro “provecho” llegue a realizarse: entendemos aquí el triunfo narcisista que puede aportar este control del otro, que se ejerce por la sujeción en el modo y en la forma de sus propios pensamientos.

La tercera constatación nos enfrenta con el peligro que inevitablemente representa la transferencia para la libertad de pensar del analizado – como toda relación pasional debe ser por lo demás – y al mismo tiempo para la libertad mental del analista tentado sin saberlo de abusar de ello: a falta de poder evitar este abuso se aferrará en una búsqueda de placer que no puede obtener, sino prohibiéndose pensar lo que pasa efectivamente sobre la escena analítica, y rehusándose a ver que el

enfrentamiento o la alianza tienen lugar entre dos marionetas que no se saben tales.

La cuarta constatación concierne a la pretendida libre aceptación de la regla. Para que el término “libre” conserve su sentido es necesario que esta elección no esté sujeta al impacto transferencial; ahora bien, sabemos el rol esencial que juega el deseo de complacernos, seducirnos, agredirnos o desafiarnos, hablando o manteniendo silencio. Sabemos también además que él nunca ha elegido *libremente las consecuencias* de su obstrucción transferencial, por la muy simple razón que no hay ningún *verdadero* conocimiento antes de la experiencia.

Podríamos seguir y recordar por ejemplo que no hay ninguna medida común entre lo que pueda representar para la economía psíquica del sujeto el fracaso de *su* análisis y lo que presenta para el analista el fracaso de *un* análisis, eventualidad que racionalmente él debe ser capaz de aceptar.

Detengamos aquí nuestro inventario y reconozcamos que algunos apremios propios a la situación analítica no hacen sino redoblar la primera paradoja: analista y analizado están obligados a favorecer una situación y una relación que tiene como condición de eficacia el emplazamiento de una serie de factores que corren el riesgo de inducir en los dos los mismos efectos de alienación contra los cuales lucha el trabajo analítico y cuya desaparición representa la meta última de nuestra tarea.

Esta doble paradoja no se puede evitar: ella es la única que hace posible el proyecto analítico, al mismo tiempo que es el mayor responsable de su eventual fracaso. Lamentablemente, no hay regla técnica o simple agenciamiento formal que permitan esquivarla.

Investir la actividad de pensar, ser capaz de sentir placer al favorecer en el otro esta investidura, amar el riesgo de descubrir otra verdad a pesar del precio a pagar, son las cualidades psíquicas que el analista habrá podido hacer suyas en el curso de su propio análisis o aquellas a las

que deberá renunciar para siempre. Si admitimos, como lo esperamos, que el análisis llamado didáctico no termine necesariamente en la segunda eventualidad, el analista, dado que frente a cualquiera será capaz de *respetar* su autonomía de pensamiento y favorecerlo, podrá poner su trabajo interpretativo al servicio de la búsqueda de verdad del otro y no al servicio de su supuesta suficiencia teórica. Desde entonces, y solamente si de antemano está todo esto presente, él podrá reflexionar sobre las posibles variaciones que impondrá a su técnica cuando tenga que vérselas con la psicosis e interrogarse sobre la significación particular que pueden tomar en este dominio el silencio, la cláusula de decirlo todo, la posibilidad de redescubrir el placer de pensar secretamente.

En la medida que uno trabaja con neurosis, el “decirlo todo,” en tanto meta hacia la cual uno intenta acercarse, sin nunca alcanzarlo totalmente, puede ser aceptado sin mayor daño. El neurótico tendrá en efecto tendencia durante el tiempo de la sesión a invertir sobre todo “pensamientos transferenciales,” le ocurrirá raramente pensar “en una nube rosa” por el solo placer de pensar este pensamiento. Agreguemos que un hito importante, que aquello puede pasarle en momentos de calma transferencial y que él no está experimentando ninguna dificultad en permitirse ese momento de placer silencioso, de tregua, sea que nos hable o no *a posteriori*. Incluso es necesario para que esto sea posible que el analista no se haya transformado en una máquina de interpretaciones, pero esto es completamente diferente en la psicosis o en los sujetos no necesariamente psicóticos, donde el problema atañe directamente al investimento de la actividad de pensar. En estos casos, el abuso de la artillería interpretativa - metáfora bienvenida aquí - no puede sino hundir al sujeto en el sentimiento de que su pensamiento no puede sino producir cosas falsas; lo no audible, por no haber sido jamás escuchado; lo no comunicable, porque jamás fue creído. Durante toda una primera fase del análisis se va a tratar de ayudar al sujeto a invertir una experiencia de placer que él siempre vivió como prohibida: sentir placer en crear ideas, pensar con placer *y no pagar el derecho a comunicar pensamientos por la obligación de deber hacerlo siempre y sin respiro*. Ofrecerle la

libertad de comunicar conjuntamente con el placer de pensar y también independientemente del otro y algunas veces a pesar del otro, exige que sepamos que para estos sujetos ciertos pensamientos no tienen otra meta que hacerles sentir que tienen el derecho de pensar y que no hay nada que interpretar, sino lograr hacerles “escuchar” nuestro placer de ser testigos de su reinvestimento del pensamiento. Sabemos con qué aparente facilidad el esquizofrénico puede aceptar las interpretaciones más audaces... y la nulidad de su resultado. Finalmente lo que él escucha es que el otro viene nuevamente a negar el sentido y la función de su pensamiento en provecho de una verdad que este mismo otro exige imponer.

Sabríamos nosotros después que el padre del sujeto era meteorólogo y que la madre vestía siempre de rosado, hay casos en los que es imposible para el analista decidir *a priori* y de una vez por todas si, cuando el sujeto le dice que la sonrisa fugitiva que él ha percibido acompañaba el pensamiento de una “nube rosa,” él debe interpretarle el enunciado o simplemente escucharlo con placer y asegurar al sujeto que es su derecho inalienable crear un pensamiento fuente de placer simplemente para gozar de él.

Lo mismo vale para el silencio: aquí incluso no podemos contentarnos con interpretarlo como “resistencia”. Sabemos cuan positivo puede ser en el flujo discursivo del cual puede el delirante hacer prueba, podemos ahí ver aparecer un momento de silencio que testimonia el derecho que de un momento a otro el sujeto se da de no tener nada que decir, que responder a la orden de decirlo todo, - impuesta por un primer contrato que la madre ha firmado abusivamente en nombre del niño - contrato que no ha podido rehusar y que él paga con el precio de su locura.

Seríamos los últimos en predicar frente a la psicosis una actitud de escucha pasiva y de silencio. Estos análisis exigen nuestra participación y una construcción de la historia del sujeto que él no puede hacer por si mismo. Hemos defendido para el analista no el derecho sino el deber-contrariamente a lo que debemos hacer con la

neurosis- de intentar conocer las pruebas que han guiado la historia infantil del sujeto y hemos subrayado la ventaja que hay en apoyar nuestras interpretaciones sobre eventos de su realidad histórica cada vez que podemos ubicarlas.

Todo este trabajo no hace sino perpetuar el *statu quo* si de forma paralela el analista no tomara en cuenta una exigencia esencial: descubrirse capaz de pensar *con placer y pensar su placer* es condición previa a toda actividad de pensamiento que no debe pagar el precio de la alienación y de una situación conflictiva que hace que todo pensamiento confronte Eros a una fuerza adversa que intenta imponer un silencio definitivo al Yo [ʃe].

“Cada vez que mi pensamiento se detiene, Dios juzga apagadas mis facultades espirituales, él considera que la destrucción de mi razón ha llegado y de este hecho la posibilidad de la jubilación le está dada”. Recordemos que la retirada de los rayos divinos y la muerte son para Schreber una sola y misma cosa.

Tener que pensar sin respiro, no poder pensar más que con sufrimiento y luchando contra el peligro de ver instalarse un silencio mortal, tal es el cuadro que nos describe Schreber. Sus grandes rasgos los encontramos en muchas formas de psicosis. Comprendemos que pensamiento y placer son para estos sujetos dos conceptos antinómicos, y ocurre que ellos eligen renunciar a vivir para no tener que pensar sino pensamientos como fuentes de sufrimiento. El placer que debe poder entregarle la actividad de pensar es para el yo una necesidad y no una prima a la que podría renunciar.

Una de las condiciones de tal placer es que el Yo tenga la seguridad de que le está garantizada una parte de libertad no alienable al placer, al deseo, al discurso, a la teoría de cualquier otro, y sobre todo, de aquel que ha aceptado acompañarlo en la aventura analítica.

Poder pensar secretamente en una “nube rosada” y sentir placer de ello: hacer eso posible es la primera tarea que nos impone la psicosis. Sólo, una vez que esta tarea sea realizada – lo que está lejos de estar asegurado – podremos proseguir el camino con el sentimiento que el paisaje que lo rodea se nos ha vuelto familiar nuevamente.

